# Romancero Filipino

MANUEL ROMERO AQUINO

# ROMANCERO

## FILIPINO

Tercera Edicion

MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y C.ª

1894

*Por ser la Història de Filipinas hermosa parte de la de España, no es maravilla ofrezca á cada paso páginas gloriosas en las que viven y siempre vivirán héroes dignos de la epopeya. Esas páginas poco vulgarizadas en este pais y casi desconocidas del resto de la Humanidad, constituyen el asunto del "Romancero Filipino", cuyo primer libro te ofrezco, amigo lector, no sin zozobra.*

*Este libro escrito entre vicisitudes y sinsabores solo impotentes, para concluir su*

*obra mortal, contra un carácter avezado á devorar adversidades y á recibir la postergación, el olvido y la injusticia con la sonrisa alegre con que se abraza á los viejos conocidos; abandonado tantas veces para procurar la misera y amarga satisfacción de las más perentórias atenciones: este libro que escribí sintiendo la esperanza marchita, seco el entusiásmo y arraigado en el corazón el tallo negro y espinoso del hastío, llega á tus manos precipitado y despavorido, como si la turba de mis males le persiguiese amenazadora y sangrienta. Por eso le hallarás maltrecho y desgreñado: pero la necesidad agóvia, el remédio urge y aunque tan falto vá de ella, la lima es herramienta que no encuentro en mi taller humilde.*

*Aquellos hijos de Castilla sin tierra própia ya que libertar de las garras ma-*

*hometanas; sin tierra ajena, casi, no vencida por sus heróicos Tercios, tuvieron que ensanchar el mundo para encontrar espácio donde proseguir sus titánicas empresas y llegaron á estos últimos confines por senderos solo conocidos del Sol: y si el presente primer libro, aún al ser expresión de sus alientos, parece relato de sus desventuras, no se olvide ver en ellos á los descubridores de este suelo: que le regaron con su sangre y á él trasplantaron el primer árbol de la sagrada Cruz, que en el transcurso de los tiempos ofreceria santo fruto de Redención á muchos millones de cristianos y en él cristalizado el rocío celestial, se transformaria en expléndidos diamantes para la corona de nuestros Reyes, Soberanos de Filipinas.*

*En los romances que te presento no he descuidado un punto en la verdad*

*histórica; allá van como la noche me los dictó; (negros hay algunos lo mismo que ella;) si no llegasen á mi alguna vaga expresión de vuestro agrado, algún plácido rumor que reanime mi aliento desfallecido, otro más dichoso sea continuador de mi obra: pero no se me niegue todo láuro, ya que he sido el primero en acometer tal empresa acariciando el pensamiento de cantar glórias de España, amor y amores de mi alma.*

*Quien sabe!; los que hicimos amistades con el infortúnio nos satisfacemos con poco; y quizá también las hagamos con el insigne Adelantado Don Miguel Lopez de Legaspi, y con el Hernán Cortés de Filipinas, el apuesto y esforzado Juan de Salcedo.*

*Pásalo bien, lector amigo, y favoréceme con toda tu indulyéncia.*

*M. Romeo.*

*Libro primero*

# Magallanes

# I.

En la cámara del trono
del Monarca portugués,
están los Grandes que gozan
en el Réino mayor prez:
forman diversos corrillos,
dan á las lenguas quehacer
ocupados en asunto
de singular interés,

pero muestran ser hostiles
ó negar al caso fé,
con las zumbonas sonrisas
que delatan su desdén.
Llega imponiendo siléncio
el Príncipe Don Manuel;
ríndenle sus homenajes
los Nobles; al trono el Rey
sube y el sitiál ocupa
bajo su rojo dosél,
en tanto que los magnates
á los lados y de pié,
á la altivez del Monarca
sacrifican su altivez.
—"Hernando de Magalhaes"—
—anúncia luego un Ujier—
y sin mostrar el marino
asomos de timidez,
entra y dobla una rodilla
de su Señor á los pies.
—Alzáos y hablad—el Rey dice:
y obedeciendo tal ley,
levántase Magalhaes
y así rompe su mudez:

—"Señor, siete largos años
en las Indias navegué;
navegué como Piloto
que no como mercader:
don Alonso de Alburquerque
de gloriosa gigantez;
Abréu, de justo renombre,
Serrano, de gran valer,
descubriendo várias islas,
que no son menos de seis,
desde Java á las Molucas
marcaron derrota fiel,
dándome con sus relatos
lo mejor de su saber.
Yo me tengo la certeza
de que las dichas y cien
islas más del mar Pacífico
llegan muy cerca, tal vez,
de la América del Sur,
y decir es mi deber
que de navegar hasta ellas
cási estoy cierto tambien,
por algun estrecho paso
que debe hallarse despues

de las lejanas riberas
del Brasil; aquellas que
fueron descubiertas solo
porque Dios lo tuvo á bien;
que entonces sobre sus rumbos
no gobernó timonél.
Pedro de Alvarez Cabral,
de las olas á merced,
cuando juzgaba perdidos
su destrozado bajel
y la postrer esperanza
con el aliento postrer,
la popa al furioso viento
y al infinito el bauprés,
sus costas anúncia el grito
de vigilante pröél,
y presto, cautiva, logran
á la nave detener,
cuarenta brazas de cable
desde el ancla al escobén.
Verdad que viejos marinos,
aún el mismo genovés
Cristóbal Colon, en vano
buscaron el paso aquel

que he de hallar, estoy seguro
como de mi própio ser;
mas, acaso, fué que el Cielo,
para ceñir el laurél
de realizar tal empresa,
señaló ya vuestra sién.
Por la vía de Poniente
á las Indias llegaré;
dadme, Señor, gente, naves
y lo demás menester,
que reportarán en glória
de la lusitana grey:
digna será vuestra empresa
del mármol y del cincél;
y si os embarga la duda
recordad, Señor, y ved
que amparó más árduo intento
el alma de una muger
y no hubiera un Nuévo Mundo
sin una Réina Isabell."—
Ocultas en las sonrisas
su ignoráncia y su doblez,
de magnates Cortesanos
se agita el concurso infiel,

fijas en el navegante
sus miradas de través:
que no entienden, pero juzgan
su lenguaje avilantez,
ó desdeñan sus promesas
de poderosos á fuer,
ó les cáusa envídia y celos
su gloriosa brillantez
si logra por realizarlas
universal parabien.
Consulta el Rey con los ojos
el general parecer,
y en los semblantes leyendo,
como escrito en un cartél,
la incredulidad, la mofa,
el innoble afán, la sed
de que el Rey al buen Hernando
despida como á cualquier
insensato, de prudencia
demostrando harta escasez,
corta así sus esperanzas
sin ambajes y á cercén:
—"Seguid con vuestros delírios
si en ellos hallais placer

é inmaginad un Estrecho...
que nádie acierta con él:
Portugal no tiene gentes,
naves, oro, ni poder
para echarlos al abismo
cual por designio crüel,
ni quien con vos acaricie
vuestra esperanza ni quien
no deplore al escucharos
vuestra rara insensatez."—
La aprobación de los Grandes
diz desusado tropel,
para el Rey, irreverente;
para Hernando, descortés,
enrojeciendo el despecho
del navegante la tez:
mira altivo á los magnates,
hace acatamiento al Rey
y deja la régia estáncia,
sintiendo hervir y correr
una lágrima, en los ojos;
en el pecho, ¡mucha hiel!...

## II.

A la Corte voy de España,
¡adios, Portugal, adios!
no, como piadosa madre,
pagas amor con amor!
culpar á mi Soberano
de mi mente aparte Dios,
que de lealtad disfrazada
es más fiera la traición

y sorbido le han el seso
á mi príncipe y señor
los que deslealtades cubren
con rastrera adulación.
Desdeñaron mis ofertas;
no manchará el arrebol
del opróbio mi semblante;
trueque el suyo la color,
cuando miren ser su afrenta
lo que juzgan mi baldon:
mal puede gustar el fruto
quien antes siega la flor...
á la Corte voy de España,
¡adios, Portugal, adios!.
Hé de llegar á las Indias
siguiendo el curso del sol
y allá por donde se pone
franco paso hallaré yo:
cuando pregone la Fama
realizada tal misión
é ilumine extraña tierra
de esa glória el resplandor,
los que hoy, tan sin razon suya,
me niegan aún la razon,

ni me apelliden ingrato
ni me noten de traidor;
que bien ofrecí á la pátria
mi ciencia y mi corazon
y ella, cual en un desierto,
deja perderse mi voz:
no me faltará en la tierra
donde la atiendan mejor...
que á la Corte voy de España,
¡adios, Portugal, adios!.
Ni me juzgará demente
Cárlos Quinto, Emperador,
ni á su pesada diadema
rehusará nuevo floron:
en aquella tierra hidalga
cuna de todo esplendor,
ni el designio más osado
se juzga vana ilusión,
ni se guardan los tesoros,
ni se conoce temor,
ni se nubla en sus pendones
su glorioso tornasol,
si honra se ofrece por prémio
y fama por galardon.

Ultrajado de la mía
que desdeña mi dolor,
á mendigar otra pátria,
nuevo Cristóbal Colon,
á mendigarla del nieto
de quien á aquel se la dió,
á la Corte voy de España;
¡adios, Portugal, adios!!"—
Cuando con el alma henchida
de generosa afliccion,
la portuguesa frontera
de sus pasos deja en pos,
así dice Magalhaes
al pisar suelo español.

## III.

Entre sábios Consejeros
y Magnates Cortesanos,
arrogante resplandece
la Magestad de don Cárlos.
Su sitiál ocupa el Príncipe
en la sala del Despacho;
y en una mesa que cubre
rico tapiz encarnado,

en el que viéndose juntos
muestran fraternal encanto
las Aguilas austriacas
y los Leones castellanos,
apoya Cárlos de Gante
el un brazo; el otro brazo
sobre un lebrél orgulloso
se extiende y de vez en cuando
su inteligente cabeza
acaricia la real mano.
Pregonan los atavíos
las dignidades y rangos;
muchos llevan el sombrero;
pues hora comienza el hábito
de estar cubiertos los Grandes
delante del Soberano;
traje talar usan solo
las Ordenes y Prelados;
todos los demás magnates
visten á lo cortesano.
Llevan estos el sombrero
de ala breve y copa en alto,
capa corta de ancho vuelo,
la gola de encajes blancos,

los gregüescos y jubones
en color acuchillados,
ceñidas calzas de seda,
pulido zapato bajo
y del cinto suspendida
su larga espada al costado.
Muy de diferente traza
se presenta el buen Hernando,
que es bien que su oficio muestre
quien es marino y soldado;
cumplido capote viste
de ancha manga, abierto y largo,
coraza de fino acero
de Milan, se ve debajo,
la malla más larga apenas,
calzon justo bien plegado,
medias calzas, y de cuero
y alta oreja los zapatos,
del ancho tahalí pendiente
la espada al siniestro lado.
Bien sabe que Cárlos Quinto
le colma de sus halagos,
y á sus desígnios afecto
quiere que olvide lo amargo

del desvío de su pátria
y poner en él reparo;
así, de pié el navegante
en el centro del estrado,
absorviendo las miradas
de tantos hombres preclaros,
la régia palabra espera
sin temerosos cuidados.
El Rey dice:—"*Magallanes;*
Magallanes os llamamos,
sin dudar de que tal nombre
será glorioso dictado;
sé que aprueba mi Consejo
vuestro plan, viéndose claro
que en España los designios
placen más con ser más árduos:
con atención os oiremos;
comenzad vuestro relato,
que quiero el feliz negócio
conocer por vuestros lábios."—
—"Señor,—dice Magallanes;—
en el hablar seré parco;
que no se duerman los gustos
y despierten los enfados;

mas perdonadme que tome
para obedecer, espácio;
que me parece que gozo
de feliz sueño el engaño
y antes de hablar os ofrezco
de mi vida el postrer hálito.
Vasco Nuñez de Balboa,
vencedor del océano,
aquel de quien escuchára
Badajoz el primer llanto,
anunció la nueva al mundo,
del mar que embravece el áustro:
á las Indias orientales
arribaban nuestras naos,
pero ha sido desde entonces
afán de própios y extraños,
encontrar algun Estrecho
que pudiera ofrecer paso
para llegar á esas Indias
que guardan tesoros tantos,
por la vía de Poniente
desde vuestro Reino hispano;
consiguiendo quien lograra
llevar tal empresa á cabo,

adelantar harto tiempo
y evitar azares hartos.
Verdad, Señor, que son muchos
los que el tentador ensayo
de hallar la ignorada senda
han acometido en vano;
mas las muchas relaciones
de los marinos más sábios,
mis humildes experiencias
y mis incesantes cálculos,
siempre sobre aquellos mares
y á costa de luengos años,
tan profundas convicciones
han infundido en mis ánimos,
que me figuro mecerme
en las aguas de aquel paso
y ver reflejarse en ellas
cual en un dormido lago,
la esbeltez de vuestras naves
y las cruces de sus palos.
Ved, Señor, cual es la ofrenda
que os rendirá este vasallo,
si no me le niega el Cielo,
y vos me dáis vuestro amparo:

quien própios intentos cumple
no es merecedor de láuro,
sinó quien dá generoso
los médios de realizarlos:
tal vez será nuestra empresa
una glória del reinado;
aunque las vuestras son tantas,
que siento temores vagos
de que influyan en mis rumbos,
por obscurecer los astros!."—
—"Hernando de Magallanes,
—dicele afable don Cárlos;—
justa merced os hacemos
del Hábito de Santiago,
que va bien una cruz roja
sobre un corazon hidalgo:
extenderá mi Consejo
nuestros rëales mandatos;
se dispondrán cinco naves
en Sevilla, á vuestro cargo,
haciendo poner en ellas
cuanto juzgueis necesário;
escoged á vuestro antojo
gentes de mar y soldados,

é id á buscar esa glória
que partiremos entrambos
En aquellas lejas tierras
hallaréis pueblos paganos;
no les convirtáis en siervos,
hacedles de Dios esclavos,
enseñadles las doctrinas
del Mártir Crucificado...
¡no quiero vasallos nuevos
si no me los dáis cristianos!."—
Retírase luego el César,
el lebrél sigue sus pasos.
y recibe Magallanes
los atentos agasajos,
de los sábios Consejeros
y los nobles Cortesanos.

## IV.

BULLICIOSA muchedumbre
ve pasar la comitiva
que la iglésia Mayor deja
de la ciudad de Sevilla:
van los marinos delante,
siguen luego las milícias,
Juan Serrano va en el centro
con la enseña de Castilla,

detrás Gaspar de Quesada,
Juan Cartagena, Mezquita,
Luis Mendoza, Capitanes
que muestran altanería;
de Pilotos y Maëstres
sigue pléyade lucida;
Sanmartín, Rodriguez Mafra,
Juan Carballo, Gómez Frías
y Vasco Gallego. Elcano,
Genovés y Juan Bautista
Punsorol, Elorriaga,
y Salomon. En seguida,
dos Capellanes, tres Clérigos,
el alma y la faz tranquilas;
sigue un solo Cirujano,
quizá por convicción íntima
de que no serán sus males
para muchas medicinas;
van despues cinco Escribanos
ensayando una sonrisa,
y siguen dos Alguaciles
detrás de sus Señorías:
Hernando de Magallanes
marcha cerrando las filas;

con él, Duarte de Barbosa,
su déudo de gran valía;
y detrás el siervo Enrique,
de la de Sumatra indígena,
que se llevó Magallanes
al tornar de aquellas islas.
Contrastan en los presentes
los pesares y alegrías;
despiden á los que marchan
las desoladas familias,
porque van al otro mundo,
como al ir á la otra vida;
¡con el agua de los ojos
corriendo por sus megillas!:
la madre al hijo cien veces
hace la postrer caricia;
la muger, llora al esposo;
y al galán, la prometida;
mientras los indiferentes
dan y reciben albricias
adelantando la glória
de empresa tan peregrina.
La multitud que se extiende
del río por las orillas,

cantos de júbilo entona
de las naves á la vista...
¡y se estremecen las naves
como si estuvieran vivas!.
Ya las márgenes del Bétis
huella la falanje altiva,
pregonando los semblantes
no saber de cobardías;
ya los ligeros esquifes
á los leños encaminan
y á sus bordos se reparten
las dotaciones distintas;
ya enarbola la de Hernando
de Capitana la insignia
y en la altura de su mástil
rugiente el cañón la afirma:
ya los bravos marineros
cobran las ásperas drizas
izando las blancas lonas
que hace flamear la brisa;
la "Trinidad", Capitana,
dispara su artillería
y al punto las anclas levan
y al no sentirse cautivas

comienzan á deslizarse
las naves mostrando prisa,
y no cabe en el espacio
la intusiasta gritería
de la multitud; ¡que todos
las ven partir, con envídia!.
Ya van, ya van majestosas
del mar á retar las iras,
sin saber cual es el término
de su gigante porfía;
pronto dos inmensidades
reñirán pasmosa liza;
el atlántico sin límites...
¡y el corazon que les guía!:
en ellos de toda Europa
las miradas están fijas,
juzgando que de los leños
no quedará ni relíquia;
que serán sus tripulantes
de tan loca empresa víctimas
y que de su misma muerte
se perderá la noticia...
Ya van, ya van, ya las ondas
se inquietan bajo las quillas;

ya los vientos saturados
vienen de aromas marinas
y en ellos mandan las olas
rumorosas harmonías;
las túrbias aguas del río
truécanse de verdes tintas
y sus fértiles riberas
son ya estériles marismas;
en tanto que Magallanes
del bajel en la toldilla,
el continente severo,
récia voz, la frase viva,
la frialdad en el semblante
pero el rayo en la pupila,
dice á los suyos que escuchan
sin agitar una fibra:
—"Envidiosas las naciones
os contemplan este día
y temen el triunfo y fingen
deplorar nuestra rüina:
glória he de daros que logre
trocar vuestra muerte en vida:
oro os ofrezco que sácie
las ánsias de la codicia;

no nos amaga más riesgo
que nuestra própia pérfidia;
en vuestra lealtad confío,
tened en prenda la mía.
Dios, la pátria, el rey don Cárlos,
han de ser vuestra divisa;
os dan honrada señera,
volvedla como os la fían:
mas si alguno de vosotros
consiente en el alma misera,
de temor ó desaliento
ó de traición la mancilla,
la maldición de Dios tema...
y el rigor de mi justicia!."—
Y ya van, van en sus naves
ráudas como fugitivas,
sordos al rugir del piélago,
ciegos á sus negras simas:
ya solo alcanzan sus ojos
cielo y mar, las maravillas
de la Creación; de Dios obras,
como de Dios, ¡infinitas!:
ya les rinde el océano
sus olas ora sumisas;

ya con la prora al oeste,
buscando á su empresa cima,
van marcando nuevos rumbos
á las Orientales Indias.

## V.

Tenerife de Canarias
las mira partir, absorta;
las islas de Cabo Verde
dejan las naves á popa,
y tras correr muchos días
de Guinéa por las costas,
otros muchos ven las altas
cumbres de Sierra Leona;

que los favorables vientos
cesaron de hinchar las lonas,
y las enemigas calmas
truecan las naves en boyas:
temor de que falten víveres
hace la ración muy corta,
y el agua inspira recelos
por ser mala y por ser poca;
que van pasados tres meses
dés que se hizo al mar la flota
y de América las tierras
harto lejanas demoran.
Es general el disgusto,
se habla sin rebozo contra
Magallanes y se duda
de su acierto en la derrota;
marineros y soldados
muéstranse con la faz hosca;
se murmura y cabildéa
y se hacen cundir zozobras,
y amenazan sediciones
que por el momento abortan
porque, como en este mundo
pasa con todas as cosas,

tras las calmas se suceden
una borrasca tras otra,
hasta parecer montañas
agigantando las olas
que amagan con desplomarse
sobre las naves ya rotas;
y al ver que las hacen frente
y las oponen sus próas,
simulando que se humillan
pasan por bajo, traidoras,
y después de suspenderlas
en sus cumbres espumosas,
lánzanlas en negras simas
que cual infernales bocas
se abren con furor rugiendo,
para devorarlas, prontas:
doblega el viento los palos
aunque huelgan las escotas,
y acrecienta los horrores
la densidad de la sombra
con que se enlutan los cielos;
que en vez de ver de la aurora
en los celajes de oriente
reflejos de nieve y rosa;

de admirar á médio dia
el Sol al mostrarse en toda
su majestad, esparciendo
de tal suerte esplendorosas
sus lumbres, que se asemejan
á las castellanas glórias:
y de contemplar, orando,
cuál por momentos se borran
en los valles de occidente
las tintas gualdas y rojas,
encubriendo de la tarde
la partida misteriosa,
solo ven espesas brumas;
negras nubes vagarosas
de tropel por los espácios,
como si furioso bóreas
despedazase la noche
y á despecho de las horas
arrojára sus pedazos
hasta la celeste bóveda.
Así el dia; cuando cierto
es de la esfera señora
la Noche y su curso sigue
lento el paso y la faz lóbrega,

como notório contraste
con el día umbroso, ahora
su claridad les regala
largo espácio y muy hermosa
vívida luz que aparece
como peregrina antorcha
y del mayor de los mástiles
en el extremo se posa,
de los náutas sosegando
la mal oculta congoja:
*Cuerpo Santo ó de San Telmo*
la llaman; allí la cólera
de la borrasca desdeña,
y al disiparse en la atmósfera,
brilla más, deslumbra y muere
la luz en consuelos pródiga.
Descansan los elementos
templando su saña torva,
y calma la de los hombres
su navegación más próspera:
ora al sur, ora al sudeste
enderezada la próa,
del Polo Austrál avanzando
hácia la región ignota,

la estrella polar del Norte,
de la que el náuta es idólatra,
se esconde y la busca, en vano,
la mirada inquisidora.
Un mes corre todavía
antes que las gavïotas
con sus desabridas voces
les anúncien tierra próxima;
pero al cabo, Magallanes
á la dotación gozosa,
de dar fondo en Rio Janéiro
ordena la manïobra
y hunden sus uñas las anclas
en la brasileña costa.

## VI.

LUCHA entre sombras la débil
luz del matinal crepúsculo
y cuanto buscan los ojos
se muestra informe ó confuso:
no se ve sobre cubierta,
de la dotación, ninguno;
pero en el rancho de próa,
los que antes eran murmullos

son ya voces de quimera
ó comienzos de tumulto,
y según van en aumento
debe ser grave el asunto.
A poco, por la escotilla
sale, cauteloso, un bulto
que pegándose á la amura
de babor, rápido y mudo
se desliza hasta el álcazar
y entra en la cámara al punto.
Tras él, la misma escotilla
deja aparecer algunos
hombres más, que se detienen
interrogando lo obscuro
del bajel con la mirada,
y al fin de pocos segundos
de investigación perdida,
así dice de ellos uno:
—"Os digo que vi el fantasma
y me dá muy mal barrunto;
aunque yo me sé que el duende
no es alma del otro mundo:
para el señor Magallanes
nada puede haber oculto

y que lo dicho esta noche
ya no ignora, es bien seguro:
pero si Enrique el malayo
es el duende, cual presumo,
vereis cómo bajo el ancla
á volver irá del susto
y del salvaje diremos
como el otro;—¡la del humo!".—
Los encantos de la aurora
incéndian el azul puro
de los cielos que retratan
con flamígeros dibujos,
de sus mejillas, lo rojo;
de sus cabellos, lo rúbio.
De la cámara de Hernando
sale el malayo, quien súbito
arma un batel y se embarca,
y del remo á los impulsos,
á las otras naves lleva,
del Caudillo siendo núncio,
recáudos que Magallanes
les manda por su conducto.
Pronto Juan de Cartagena
y Serrano llegan juntos,

y con los primeros rayos
del Sol que se eleva augusto,
hacen deslumbrar en ellos
como gigantes carbunclos,
el almete, las cabezas;
y la coraza, los bustos.
Venir de tal modo armados
inspirára mal augúrio,
si de que ocurre algo grave
no fuese su gesto anúncio;
el del uno, nada claro,
y el del otro, más que túrbio.
Preséntase Magallanes
sin manifestar disgusto;
por ser de hierro su pecho,
de hierro le tráe desnudo;
sin armas se muestra y viste
de los marinos al uso.
Por su mandado resuena
del clarin el grito agudo
y presto la gente toda,
en silencioso concurso
reunida, de Magallanes
que habla severo y rotundo,

escuchan la voz tranquila
mostrando así su discurso.
—"No nos dió el gran Cárlos Quinto
sus espléndidos recursos,
para vivir en holganza
y consumirlos sin fruto;
ni llegué á Puerto Janéiro
para dar al ócio culto,
de sus ribereños riscos
contemplando el verde musgo,
hace ya catorce soles:
¡para mi catorce lustros!.
Prometí misión más alta
y pagaré mi tributo
al Rey, porque se lo debo,
mal que pese á todo el mundo.
Antes que el Sol se nos muestre
á la mitad de su curso,
navegando nuestras naves
al austrál Polo harán rumbo;
¡mal haya quien sienta enojos
en vez de entrañar orgullo!;
¡ay de aquel que oponer ose
á mi dictámen el suyo!;

de duelo serán las horas
que debieran ser de júbilo;
pues donde alientan traidores
no puede haber sinó luto!.
Traidores, sí!: anoche mismo
juraron viles ilusos,
antes, negarme obediéncia;
despues, abrir mi sepulcro:
conozco á los insensatos;
su nombre, que no pronúncio,
tambien sé; de sus secuaces
reconté el escaso número;
aquí están entre vosotros
por su maldad taciturnos;
su crímen sabeis, juzgadles
cual cumple á jueces sesudos!.—
—¡Mueran!:—prorrumpe Barbosa.—
—¡Que mueran!;—grita iracundo
Juan Serrano: el mismo grito
repiten grupo tras grupo
al pasar de los léales
al bando, y suenan confusos
el rüido de las armas
madrugadoras de muchos

y los rumores siniestros.
de tantos hombres ceñudos,
quienes parece que ansían
más que la paz el distúrbio,
al tiempo que abandonados
de los que juzgaban suyos,
solos se ven los que, altivos,
menosprécian dísimulos.
Prestos, Duarte de Barbosa
y Juan Serrano, desnudos
los aceros, se abalanzan
ambos á dos de consuno
á herir á los conjurados,
más que traidores, perjuros,
y aquellos de su existencia
fueran los instantes últimos,
á no interponerse Hernando
para servirles de escudo.
—"Perdon:—dice—en mi cleméncia
logren salvador refúgio;
también llegará el olvido
con el sol de nuestro triúnfo;
hoy ciertamente comienza
nuestro empeño; nuevos surcos

abriremos en los mares
que no holló bajel alguno
del viejo hemisfério; ¡España
de estas glórias goza el jurol:
olvidad á los culpados;
de mi contento al influjo
ceded todos; perdonadles
que es bien negro su infortúnio!"—
Muestras dando de ternura
aquellos semblantes rudos,
cáen de hinojos los rebeldes
de su baldon bajo el yugo.
Muéstrase benigno Hernando
de sus ánimos á hurto;
su espíritu le reclama
la presénciа del verdugo,
y su rigidez le acusa
de ser, perdonando, injusto,
y su instinto representa
con caractéres purpúreos,
que aquel sedicioso ensayo
será en tristezas fecundo:
mas tambien da buen indicio
de ser en el mando ducho;

sabe que despierta en todos
un sentimiento profundo
de gratitud y que entonces,
á quererlo, en darle el jugo
de sus venas, no encontrara
ningún hombre irresoluto;
y con su entusiásmo haciendo
á las tibiezas conjuro...
—"Compañeros!—luégo exclama—
¡á las naves!; sus saludos
Pátria y César os envían;
no dudeis del bien futuro,
y antes que el Sol se nos muestre
á la mitad de su curso,
seguidme con vuestros leños,
al Polo Sur haré rumbo!"

## VII.

En la puerta de la cámara
fijos los nublados ojos;
en los lábios el silencio
y la impaciencia en los rostros;
las sienes sobre las manos,
sobre la mesa los codos,
Juan Cartagena y Mendoza
finjen tranquilo abandono,

mientras Gaspar de Ónesada
discurre de ellos en torno.
Altivo requerimiento,
que dictó traidor enojo,
á Magallanes envian,
siendo mensagero y sócio
cierto Coca, del que aguardan
impacientes el retorno:
al Caudillo representan,
ser un insensato antojo
pretender hallar el cabo
de tan vasto território,
ni menos Estrecho alguno
quizás hasta el mismo Polo:
que disponer la invernada
en San Julian, es de un loco
tema, y nunca de quien goce
de razon siquier asomos:
que volver atrás precisa;
y que si se muestra sordo,
á poner están resueltos
á sus desafueros coto.
Regresa Coca y reunidos
los cuatro en estrecho corro

la contestación de Hernando
les noticia de este modo:
—Que cumplirá su promesa
ó que á morir está pronto;
que de aquella tierra el cabo
ha de hallar á cualquier costo
y el insensato es quien duda
de sus designios el logro;
que para hacer invernada
no habrá mejor acomodo,
ofreciendo la bahía
y sus fértiles contornos,
buenas aguas, mucha leña,
de caza y de pesca un gozo,
y él medirá el pan y el vino
á placer del menos sóbrio:
que recuerden de su pátria
el espíritu glorioso
y de mancillar sus timbres
no cáigan en el opróbio:
que cumpliendo en aquel dia
con los preceptos católicos,
por ser domingo de Ramos
quiere ver en misa á todos,

y la fiesta celebrada
cual de cristiânos es própio,
se reunirán á su mesa
Capitanes y Pilotos.—
Oyen el digno recáudo
de Magallanes, absortos,
y así prorrumpe Mendoza
con acento airado y bronco:
—"Prenderémosle!: y si es fuerza
si no bastasen cerrojos..."—
—y fiero la diestra mano
lleva de la daga al pomo.—
Duarte, Serrano y Mezquita,
de Magallanes devotos,
son los que á su mesa asisten;
el gesto, de fiesta imprópio;
que de los demás la ausénciá
desterrando el alborozo,
núncio son de tristes horas
sus cuatro semblantes hoscos.
—"Si ciertos malos cristianos
consultasen á un astrólogo,
quizás les horrorizára
la negrura del horóscopo!:"

—dice Hernando, y continúa...—
—"oíd un extraño episódio.—
La noche negra; los cierzos
silban con helado soplo;
en los árboles desnudos
cuaja la nieve sus copos,
y ofrecen todas las plantas,
en vez de flores, abrojos:
cerca del redil, guardando
su rebaño, un noble dogo;
y aullando amenazadores,
de cerca, tres flacos lobos:
las alimañas avanzan,
el alano gruñe ronco;
despues... sangriento combate
que, si desiguál, fué corto,
pues razones y justicias
eran del alano apoyo:
á los tres lobos traidores
despedazó uno tras otro
y repartió sus pedazos
por las malezas del soto:
el cierzo calló, los árboles
cobraron su traje hojoso,

trocose la nieve en perlas,
plácido del sol el orto
con su luz llenó los cielos
de resplandecientes ópalos,
y brotaron en las plantas
cien flores por cada abrojo...
Yo no sé si lo ví en sueños,
porque es eterno mi insómnio;
pero juzgad por qué os hablo
de magos y de pronósticos!."—
Quesada y Juan Cartagena,
con tréinta de los más mozos,
á média noche y armados
inváden la "San Antonio,"
donde Gaspar de Quesada
sin ambajes ni rebozo
exije la pronta entrega
de Mezquita, y vigoroso
anúncia que con el hierro
sabrá librarse de estorbos:
que de resistir se guarden
puesto que conocen cómo
Magallanes les ultraja
de su honor en desabono;

que las ordenanzas reales
atropella por mal modo,
y que perdidos les lleva,
y así, apoyen su propósito
de resistir, requerirle
y prenderle si es forzoso.
El maestre Elorriaga
que no sale de su asombro..,
—Yo os conjuro que os partáis
prestamente á vuestros bordos;
—dice—que son esas armas
de traiciones testimónio:
á respetar os conjuro,
por Dios y el César católico,
al Capitán, á quien nunca
deserviremos nosotros!.—"
—"¡Vive Dios!...—ruje Quesada
de su furor en el colmo—
y la daga desnudando,
al maëstre leal é imprióvido
que armas no le opone, hiere
cuatro veces alevoso:
se le somete la chusma,
y siendo el suceso próspero

para los rebeldes, quedan
en galardón de su arrojo,
preso Mezquita, y tres naves
á merced de sediciosos.
Ellos mismos se lo avisan
mostrando tenerle en poco;
convócales el Caudillo
á la "Trinidad"; irónicos
responden á Magallanes
que él vaya á la "San António"
en donde todos reunidos
tratarán aquel negócio:
y Hernando la voz oyendo
de su corazon heróico,
prefiere ser temerário,
á parecer temeroso.
Breves momentos escribe,
de razones hace ahorro
y órden á Mendoza dicta
de ir, sin excusa, á su bordo;
llama á Gómez Espinosa
y habido breve colóquio,
este Alguacil con seis hombres
armados y sigilosos

hácia la "Victória" marchan,
que es de la revuelta el foco:
dan el papel á Mendoza,
quien recogiendo los hombros
lée sonriente y demuestra
de no obedecer propósitos,
cuando su daga Espinosa
le hunde en el cuello, y esotro
de certera cuchillada
saltar le hace el cráneo roto,
cayendo muerto Mendoza
de traidora sangre rojo.
Detrás iba y llega en esto
Barbosa con otros ocho,
y juntos los quince leales
en la "Victoria," animosos
sojuzgan á los rebeldes,
y poniéndola en buen cobro,
á la "Trinidad" la atracan,
cuatro bateles, á jorro:
la "Concepción" huir procura
y tambien la "San António";
la Capitana les cierra
el paso, haciendo ilusório

aquel intento, y aborda
la segunda; presurosos
trasbordan los tripulantes
de la "Trinidad", y pronto
sometidos los traidores
cleméncia piden á coro:
aprisiona Magallanes
á Quesada, Coca y otros;
á prender á Cartajena
va Juan Serrano; en el fondo
de la nave hallan los presos
cadenas y calabozos,
y allí, tras una jornada
de criminales trastornos,
esperan el nuevo día
que será en horrores pródigo.
A través del océano
iras burlaron del noto,
vencieron rugientes olas,
salvaron negros escollos,
y alcanzó su nave honrada
glória y puerto en país remoto;
del deshonor navegaron
por mares más azarosos;

el abismo contra ellos
desencadenó sus mónstruos,
y á sus ántros les arrastran
más negros que los del golfo;
¡que si el mar es insondable...
aún el sepulcro es más hondo!.
Ni Magallanes perdona,
ni ellos esperan tampoco;
retarda la luz del día
ambiente caliginoso,
mas cuando el albór primero
ilumina nuestro globo,
sienta Hernando su justicia
en triste y sangriento trono.
Llevan del muerto Mendoza
á tierra el rígido tronco
y manda descuartizarle,
con pregon infamatório
de traidór; Luis de Molino,
á perder la vida próximo
por ser de los condenados,
clama por ella de hinojos;
y el vil ingrato, por ella
paga el précio ignominióso

de convertirse en verdugo,
y degüella á su patrono
Quesada, á quien descuartizan
miéntras con grito estentóreo
tambien traidór le pregonan
para su eterno desdoro.
Dejar á Juan Cartagena
en aquel país ignoto,
su sombra por compañía
de quien aguardar socorro,
perdida toda esperanza
como al entrar en el Orco,
es la terrible senténcia
del Caudillo: ante tal voto,
quizá culpa á Magallanes
de sentir mayor encono
contra él: ¡le hace su destino
de los muertos envidioso!...
Huye de la roja mancha,
de sangre reguero angosto,
y hace la ocasión promesa
de convertirle en arroyo.
Mudos, macilentos, fríos,
quietos, rígidos, marmóreos,

ven cuarenta condenados
llegar su fin desastroso;
háblanles los sacerdotes
de infiernos y purgatórios;
sordo y grave, de los clérigos
resuena rumor monótono,
y ellos saben que murmuran
su fúnebre responsório;
á su vista, de los muertos
Capitanes, los despojos;
lenta, crüel, implacable,
ofrecida sorbo á sorbo,
no les arranca la muerte
quejas, súplicas, ni lloros.
Miran naûtas y soldados,
á Magallanes, ansiosos,
sin que en la faz le sorprendan
sus sentimientos recónditos,
cuando la señal temida,
para que concluya el ócio
de á quienes obligó el sino,
que no el mandato ni el oro,
á ejecutar su justicia,
hace inexorable y torvo;

y desbordado en los pechos
de su ansiedád el ahogo,
prorrumpen las dotaciones
en acentos clamorosos.
Los mal conformes verdugos
quedan perplejos é inmotos:
Magallanes bien lo advierte,
cuando juzga despropósito
hacer en los tripulantes
de las naves tal destrozo;
ve que le son necesários,
que sin ellos no es tan óbvio
llevar á cabo la empresa,
antes peligra su aborto;
reflexiona que mostrarse
por extremo rigoroso,
bien puede en los que le siguen
encender rencores y ódios
que dejen luego en sus pechos
oculto mortál rescoldo;
crée que no siendo lo visto
para despertar regostos,
de la traición en la planta
se secarán los retoños;

sabe que quienes la muerte
vieron con desden estóico,
al volverles á su grácia
le aclamarán venturosos,
y si al mal se los negaron
para el bien tendrán sollozos;
que si de sus Capitanes
el pensamiento alevoso
culpables á todos hizo,
ellos murieron por todos;
y evitando Magallanes
de su designio el malogro;
y la lealtad de su gente
sentando en cimiento sólido,
volviéndose de improviso
para ocultarles el rostro,
grita al entrar en su cámara...
—"Por Dios y el Rey... los perdono!."—

## VIII.

Mares, vientos, rocas, brumas,
multiplican los peligros;
arte, pecho, fé, constancia,
los combaten, siendo invictos.
Horas que parecen días,
meses que semejan siglos;
días negros como noches,
noches negras como abismos;

lugares que siempre ofrecen
túrbio mar, cielo sombrío...
se siguen tan semejantes
mar, cielos, horas y sítios,
que parece que no pasan,
y que son siempre los mismos!..
Réina el siléncio en las naves,
el siléncio del hastío:
pasan, cruzan, como sombras,
los soldados y marinos,
y meses há que no llegan
á regalar los oïdos,
ni los ecos de una risa,
ni de una canción los ritmos:
todo obscuro, todo triste;
invierno tan largo y frío
tiene ateridos los cuerpos
y exánimes los espíritus.
Las naves en la bahía
San Julián, que miente abrigo
contra los hielos del Polo
y los embates bravíos
de las olas, más que naves
son tumbas que guardan vivos

y estando abiertas les dejan
vagar como aparecidos.
Siempre mar!; se va el invierno
y los decretos del sino
aguardan los navegantes
al bravo Hernando sumisos:
con el rumbo al Sur alcanzan
en sus males poco alivio;
parece en aquel espácio
jamás de sus brumas límpio,
que el manto azul de los cielos
para llegar allí es chico.
Há dias que Magallanes
caviloso é intranquilo,
les niega al alma y al cuerpo
el descanso más preciso:
siempre apoyado en la borda
de babor; los ojos fijos
en la costa, y el semblante
dando de ansiedad indicios,
pasa sin hablar las horas,
sin hablar sinó consigo;
algo espera que ya tarda
y á veces en un suspiro

desfoga las impaciéncias
que á su pecho dan martirio.
Mas... ¡al fin!. Rasga la noche
sus obscuros atavíos;
levantan lijeras brisas
los alientos matutinos,
y la luz de la alborada
deja el nocturno escondrijo:
Magallanes en la próa,
cual acostumbra, solicito,
despues de salvar, del Cabo
de las Vírgenes, los riscos,
ve trocarse en realidades
sus felices vaticinios,
y á los cincuenta y tres grados
latitud austrál, un grito
que en su corazon tan grande
no puede caber cautivo,
congrega al rededor suyo
á la gente del navío,
que contempla al buen Hernando
inmóvil, el rostro lívido,
hácia la vecina costa
el diestro brazo extendido...

—*¡allí!*—sin más, exclamando,—
—*¡allí!*—sin ser más prolijo.—
Por la dotación recorre
pasajero calofrío
cuando mira hácia el paraje
que la señala el marino,
y al ver abrirse en la costa,
entre peñas, un portillo
por donde el mar se presenta
como caudaloso río,
de marinos y soldados,
que juzgan ver un prodigio,
llena el mundo de—¡el Estrecho!—
más que las voces, ¡el himno!..
El Estrecho!: Magallanes
logra ver su nombre escrito,
de los que no mueren nunca
en el indeleble libro!.
Capitanes y Pilotos,
Maestres y gente de viso,
vienen á la capitana
respirando regocijo:
de la "Victória" el maestre
descuella por lo garrido,

es Juan Sebastian Elcano,
muy respetado y bienquisto:
recíbeles Magallanes
huyendo mostrarse esquivo
y abrazando á los que llegan
les apellida sus hijos:
aunque la emoción le embarga,
para hablar sobra motivo
y el largo siléncio rompe
con decir en llano estilo:
—"Se cumplirán los del Cielo
más que mis própios desígnios;
que si los de Dios no fuesen,
poco valiéran los míos!:
si es glória, gánala entera
don Cárlos Primero y Quinto,
yo bien gano con el prémio
de cumplirle lo ofrecido.
Hoy más que nunca reclamo
todo vuestro sacrificio;
que encontrar esa bocana
no da fin al compromiso:
pasar al gran océano
del Sur, es nuestro partido

y por él á las Molucas
alcanzar feliz arribo:
ved cuánto necesitamos
al Cielo tener propício
y que el Estrecho nos brinde
paso que aún es indeciso.
Guardad vuestros parabienes
hasta que cantemos vitor
y seguidme por la senda
que nos depara el Altísimo".—
Todos marchan á sus bordos
ufanos y decididos;
que la confianza crece
como de Hernando el prestígio
y todo parece nada
del entusiásmo al hechizo.
Detras del bajel de Hernando
sin sentir temor mezquino,
van los intrépidos náutas
por estrecho canalizo
que hacen harto peligroso
sus islotes y bajíos,
demostrando los que arrostran
azares tan inauditos

que sus bravos corazones
son castellanos castizos:
mas ¡ay! de quien mucho fia
de la suerte en los caprichos
y al dormir de sus cuidados
deja velar sus descuidos!...
Ved, la "Santiágo" embistiendo
traidór escollo escondido,
por la destrozada roda
ofrece al mar enemigo
hasta su seno ancha vía
por la que penetra horrisono:
toda esperanza es quimera,
todo remédio ilusivo;
entrecogida la nave
por furioso remolino
en las espumosas aguas
tiene el bauprés sumergido,
y rápida balancéa,
y traza su postrer giro,
y recostada en las ondas
se oculta en los antros líquidos;
todo tan presto, que apenas
ofrece momentos míseros

para lanzarse á las olas
los que viéndose perdidos,
cuando corren tales riesgos
no desmienten su heroísmo:
á los que flotar no saben
sostienen los de más brío,
que allí no logran albergue
ni el rencor ni el egoísmo;
y así se ven cien cabezas
de barba y cabellos grifos
flotando como Tritones
sobre aquel fondo azulino,
hasta que dan los esquifes
á los náufragos auxilio,
y no hay trégua, ni reposo,
ni dilación, ni respiro,
mientras en las otras naves
no tienen seguro asilo.
Magallanes cual quien teme
en la respuesta el aviso
de irreparable infortúnio,
esta vez parece tímido
al preguntar.—¿ Cuantos.. muertos ?,
—"Todos salvos!—¡todos vivos!".—

—le responden.—„Pues... ¡avante!„
—ordena—y en lo más íntimo
de su ser, dándole gracias,
dice.—¡Dios séa bendito!—
Navega la Capitana
ráuda cual ánsar aligero,
de la borrasca al empuje,
con las velas sin un rizo;
forma el canal un recodo
norte-sur; peñon altivo,
de las naves que navegan
al óeste, fronterizo
se atraviesa por la próa,
con sus humos de castillo,
y muy próximo aún ofrece,
de cerrar el paso, visos;
que hasta la ribera opuesta,
velando sus negros picos,
cien escollos se escalonan
de tal modo repartidos
que parecen asentados
con criminal artificio,
denunciando las rompientes
la gravedad del peligro.

Las otras naves contemplan,
con horror, al barco amigo
que audáz avanza salvando
de rocas el laberinto,
y ansiosos, á cada instante
temiendo verle hecho añicos,
un grito de terror lanzan
los navegantes, transidos,
al sentirse sin el hombre
en quien fían su destino:
adivina Magallanes
aquel general plañido;
lánzase al timón y empuña
de su caña el brazo rígido,
entusiasmado, radiante,
fiero, gallardo, magnífico;
y cuando alcanza la próa
la sinuosidad del risco,
á babor Hernando cierra
y en rápido semicírculo
vira la nave, crujiendo
cual si lanzase gemidos,
y ante ella y al Sur se ofrece
otra vez franco el camino!..

Huyendo la "San Antonio"
trueca láuros por ludíbrios;
las "Concepción" y "Victória"
salvan el peñon arisco
y tras de veintitrés días
de lucha y riesgos contínuos,
desembocan las tres naves,
¡tres de las que fueron cinco!,
del océano austral buscado
en el desierto extendido,
¡que surcan por vez primera
las naves del mundo antíguo!...
Llenan los anchos espácios
los vítores, y el delírio
de la ventura presente
dá lo pasado al olvido.
Más tarde, solo, en la popa,
con el Cielo por testigo,
murmura así Magallanes,
más que quiere enternecido:
—"Oh, mi Estrecho tan soñado,
ya dejas de ser un mito;
te llamarán por mi nombre
las gentes de siglo en siglo;

mal es que llore quien marcha,
por el mundo, peregrino,
con el timón en la diestra
y con la espada en el cinto;
pero una vez en la vida
verter llanto séame lícito,
y al consagrarte mi nombre,
él te sirva de bautismo!".—
Así dice, y un sollozo
se remonta al infinito,
¡miéntras una hirviente lágrima
corre á perderse al abismo!..

## IX.

Ningún dolor semejante
á desandar en derrota
el camino que aún sombréan
las palmas de la victória;
pero cuando despedazan
de los triúnfos la corona
traiciones y cobardías,
¡ninguna mayor deshonra!

Ofrécense dos canales
opuestos, ante la flota;
á las naves "San António"
y "Concepción", perentória
órden envía el Caudillo,
y de ser exploradoras
del que corre hácia sudeste
las dá la misión honrosa:
al punto la "San António"
largando al viento sus lonas,
con insólita premura
de la "Concepción" la escolta
evita, y detrás la deja
como prisionera boya;
y á ser posible el recelo
de su intención alevosa,
sospecha evocára el ánsia
de alejarse présta y sola.
Su piloto Estéban Gómez,
de Hernando compatrióta,
pidió naves á Castilla,
prometiendo que su costa,
el dominio y los tesoros
de regiones aún ignotas

con largueza pagarían;
sin ninguna razon sólida,
de lograr sus pretensiones
la sazon juzgaba próxima
y acariciaba del mando
la satisfacción recóndita,
cuando llegó Magallanes;
y la Majestad Católica
complacida de su intento,
vino con él á concórdia;
que los bravos corazones
echan siempre por la trocha
para entenderse, y don Cárlos
adivinó en la persona
del náuta, un corazon hecho
de el suyo en la misma forja:
desde entónces, malograda
tanta ambición, gota á gota
ódios que engendra la envídia
destilando su ponzoña,
en el corazon de Gómez
extienden espesa costra,
como verdinegro musgo
que cubre marina roca.

Las dotaciones lëales
sienten sus almas heróicas
ante el porvenir henchidas
de fé y esperanza, y prontas
á luchar; ¡que la esperanza
y la fé, son españolas!:
miéntras tanto Estéban Gómez
sufre distinta zozobra:
tan víles son sus deséos,
su malquerénciа tan honda,
que si sueña con el triúnfo
le despiertan las congojas;
en la rüina de Hernando
resume sus ánsias todas;
y á poder, amontonara
los riscos ante su próa
y amurallára con ellos
del canal la opuesta boca:
solo ansía, solo espera
la decepción afrentosa;
mas al ver en el Estrecho,
de la suerte señal próspera,
disípase su esperanza
como la fugaz ampolla

que avivan en el remanso
las nubes en agua rotas.
Al mar de Súr la salida,
comenzando á juzgar óbvia,
ve triunfadór al Caudillo;
y para el alma envidiosa
la felicidad ajena
es la desventura própia:
surge criminál espectro
en las soledades lóbregas
de su espíritu, y refleja
torvo pensar su faz torva;
y á la dotación acude,
y á los ánimos explora
como si del mar el fondo
registrase con la sonda:
cuando propone su crímen
háceles, con sutil forma,
del hogar y de la pátria
la pintura tentadora,
y la plácida promesa
de ver pronto amadas costas
acarícia sus oídos
como rumor de lisonja:

la tripulación escucha
á la voz del deber sorda;
y todos ellos de acuerdo,
crímen de tamaña monta
deciden, y que se aguarde
la noche, y sin más demora
de la virada en redondo
se emprenda la maniobra.
En este punto, la gente
más temerária ó más moza
con el Capitán no cuenta,
ó como si fuese aposta
se delata con sus voces,
de todo sigilo en contra.
Alvaro de la Mezquita
presta, juzgándola poca,
toda su atención oyendo
la insolente batahola,
y dar crédito resiste
á la espécie ignominiósa
que entrecortada y confusa
vuela con las voces roncas;
abandonando su cámara
precipítase á la tolda

y allí escucha del Piloto,
que proclama la discórdia,
la explicación del tumulto
dicha con franqueza estóica;
el Capitán en el pecho
siente el hervor de la cólera,
—la que sus ojos empuja
hácia fuera de las órbitas,—
y en sangre del traidor, tiñe
del honrado acero la hoja:
entónces, los tripulantes
convertidos en vil horda,
al Capitán acometen
como jauría rabiosa;
y si de esfuerzo y de sangre
les muestra su espada pródiga,
presto de las férreas manos
siente las vivas argollas,
y preso el bravo Mezquita
con grillos y con esposas,
del sollado en las tinieblas
halla flotante mazmorra.
La partida de la tarde
contempla desde la borda

y á sus últimos reflejos
la tripulación traidora
de la nave "San Antonio",
larga velas, tesa escotas,
y al amparo de la noche
vira huyendo de las otras.
Descúbrela Magallanes
al despuntar de la aurora;
y mostrando el horizonte
que se deja atrás la popa
y señalando una vela
que se distingue borrosa,
de esta manera la dice
reunida su gente toda:
—"Ved, navegando en demanda
de alguna playa española,
allá.. la nave rebelde,
corrida de su vil obra:
su negra infâmia podia
amparar la noche sola;
que las traiciones y el crimen
amigos son de las sombras:
mayor mal no les alcance,
salvos de escollos y de olas,

que ser allá recibidos
por el desprécio y la mofa;
y que á llevar les obligue
su conciencia acusadora,
en el fango, la mirada;
la faz, de vergüenza roja;
que nádie les tienda brazos
dándoles muestra amistosa,
y les desdeñen sus hijos,
y les huyan sus esposas;
que el Cielo, de su existéncia
prolongue las lentas horas
y que mantenga su infámia
siempre viva en su memória;
que cuando despierte el día
en que el triúnfo cante Europa
y atormente sus oídos
la fama de vuestra glória,
avive el remordimiento
en sus almas la congoja:
¡avaros son de la vida!;
¡ya conocerán de sobra
que el mar no brinda desastre
como el de vivir sin honra!;

sí, que registre sus nombres
en la más vil de sus hojas
y haga eterno tal opróbio
la eternidad de la História!."—
Dice, y en el horizonte,
la tripulación absorta
ve cómo se desvanece
la mísera desertora.

## X.

Desvanecidas las sombras
de lenta y lóbrega noche,
más espléndidos parecen
del alba los arreboles;
los cierzos del crudo invierno
desnudan campos y bosques
y los árboles parecen
negros fantasmas inmobles;

las aves emigradoras
buscan templadas regiones,
y sus cantares ofrecen
á otros sitios y otros soles;
las que con nosotros viven
reniegan de sus amores,
y en los nidos ateridas
niegan al viento sus voces,
y sin ellas quedan mudos
chopos, álamos y robles:
llamando á misa del alba
ó al tocar las oraciones,
si desde lejos resuenan
de las iglésias los bronces,
como vienen entre brumas
densas y frías, sus sones
llegan tan graves, tan vagos,
tan tristes.., que áunque no doblen,
parece que anúncian muerto
los heraldos de las torres..:
sucede la primavera,
y los plúmeos trovadores
la soñolienta Natura
despiertan con sus canciones;

se visten sus verdes galas
las praderas y los montes,
y nos brindan los alientos
y el encanto de las flores;
y todo vuelve á la vida,
y sonrie todo entónces
más galano, más hermoso,
si los pasados rigores
por sufridos muy crüeles,
se recuerdan más atroces.
Cierra la noche sombría
en el corazón del hombre:
hiere su pecho la saña
de sus cuitas y dolores
tristes, sin término, frios,
¡como el invierno del pobre!:
mas, al fin, pasan las horas,
aún las más tristes, veloces,
y vuelven las esperanzas
y tornan las ilusiones
y nos ofrece la vida
más serenos horizontes
y se acarícian consuelos
y se abre el alma á su goce

más dulce si más han sido
profundos los sinsabores...
Hernando de Magallanes,
digno de eterno renombre,
después de las negras dudas
que sufre; de los horrores
que combate; de los riésgos
que conjura siempre insomne;
del vigor con que mantiene
á raya gentes feroces,
por la fatiga irritadas
todas sus viles pasiones;
después de tantos pesares
como llagan el más noble
de los pechos, bien pudiera
estampar en sus blasones
—*"saber, valor y constáncia"*—
por fiél y glorioso mote.
La Fábula caprichosa
no soñó males mayores:
espantosas tempestades,
implacables aquilones,
negras olas cuyas cimas
alcanzan á los penoles;

y los truenos que retumban
como si estallara el Orbe;
y las hórridas centellas
cuyos lucientes esconces
dibujan en los espácios
sus infernales labores;
aquellas macizas nubes
que lanzan un mar sin nombre
sobre los rotos bajeles
en tan grandes aluviones,
que muy poco más tendid s,
á su bravo arrojo dóciles,
Magallanes los surcara
con naves de tanto porte
y escalara las alturas
de sus fuentes aerifórmes:
y los náutas aguardando
del mar el postrero golpe
que en sus lóbregos abismos
les abra eternas prisiones,
miran los crujientes leños,
porque al timón no responden,
ir á merced de las olas
cual desmandados bridones.

Aquella nave rebelde
tripulada por traidores,
mucho mejor que soldados
dignos de ser galëotes,
que al sentir de la Fortuna
los primeros disfavores,
contra juramento y pátria
consumando el crimen doble,
viles huyen demandando
—de honra y fama al caro importe-
por las costas de Guinéa...
¡los desprécios españoles!
aquel tristísimo invierno
en San Julián; los desórdenes
reprimiendo de la gente
que bajo el múltiple azote
del hambre, la sed, el hielo,
los más bravos y mejores
sienten rebosar la cólera
del sufrimiento los bordes,
é infestan aquel ambiente
sus votos y maldiciones:
el bajel hecho pedazos
en el mismo Estrecho, donde

léjos de encontrar abrigo
se hunde la gallarda mole;
y aquéllos fieros instantes
en los que se ven cien hombres
batallando de las olas
con los voraces hervores
que amenazan las cién vidas,
como pagana Hecatombe:
enfermedades, pendéncias,
tumultos, conspiraciones,
todo, reclama de Hernando
un alma de único molde.
Su génio, á las circunstáncias
acomoda, y sus acciones,
á veces, inexorable;
otras, manso cual un monje;
siempre la sazón temiendo
de ver burladas sus órdenes,
y siempre, cuerdo, tentando
del entusiasmo el resorte...
Al fin compasivo el cielo
rasga sus negros crespones,
y del Sol y de la dicha
deslumbran los resplandores.

Ya cesaron en las naves
denuestos y quemazones;
hacen aquellos soldados
de franco placer derroche
y en vergas y masteleros,
sin olvidar ni los topes,
de los gallardos bajeles
subidas las dotaciones,
á Magallanes saludan
como al más insigne prócer:
muestran Barbosa y Carballo
placenteras las facciones,
al rendir á su Caudillo
los merecidos honores;
Serrano la faz presenta
sin ceñudos nubarrones,
y apláude porque las manos
se olviden de su mandoble;
algún instrumento músico,
olvidado hasta la postre,
se oye sonar, y sus ecos
aníman á los cantores
que improvisan para el caso
marcial coro bien acorde:

pero Hernando vé la fiesta
con un talante... mediócre;
cuidando de lo que importa,
no gusta de dilaciones;
áunque en el fondo del pecho,
superadas las péores
dificultades, se siente
con el júbilo conforme.
Cuando quieren dejar rastro,
se encarnizan los horrores;
y ni aun así lo consiguen
si afligen á España; porque
los males allí se llevan
sus recuerdos... á remolquel.

## XI.

Hernando con sus tres buques
vencedores de las sañas
de vientos, brumas y rocas,
hinchadas las lonas blancas,
con derrota al noroeste
se abre por los mares plaza,
y humillándose las olas
bajo las naves gallardas

con rencorosos rumores
las prometen su venganza.
Dejando á popa las islas
que nombra "Desventuradas",
hace rumbo á las Molucas
principal fin de sus ánsias;
y así como suele, allende
la pedregosa montaña,
extenderse valle ameno
que colma las esperanzas
del rendido caminante,
á quien ofrece sin tasa
dulces y aromados frutos,
corrientes frescas y claras,
el lecho sobre las frondas,
la sombra bajo las ramas,
y aves que arrullen el sueño
con sus armoniosas cántigas,
parece que á Magallanes
al seguir su triunfál marcha,
detrás de cada una ola
le espera una bienandanza.
Descubre el gran Archipiélago
que la extensión azulada

del ancho mar, con sus islas
salpica de obscuras manchas.
No se estorban la bravura
y la fé y piedad cristianas;
ántes en los corazones
viven juntas en paz santa;
jamás el triúnfo desluce
dar al Cielo por él grácias;
en aquellos que parecen
inverosímiles fábulas,
van siempre la Cruz, delante;
detrás, la victória esclava;
que tienen nuestros guerreros
cuando manejan sus armas,
el corazón, aquí abajo;
y buscando á Dios, el alma:
por eso Hernando recuerda
que de la Iglésia es usanza
dedicar al Santo mártir
en tal dia sus plegárias,
y al nombrar el Archipiélago,
de "San Lázaro" le llama.
Visita y diz á unas Islas
de "los Ladrones"; tan llana

ve la afición de sus índios
á robar, y tal la traza;
y al contar los once grados
latitud norte, las playas
se ofrecen ante sus ojos
de la punta Súr de Sámar.
Vense cautivas las naves
por los cables de sus ánclas
y sellan los españoles
la isla ignota con su planta:
sorprendidos los isleños
ante novedad tamaña,
van saliendo presurosos
de la espesura cercana,
denunciando sus recelos
que no estrechan la distáncia.
Tienen el color cetrino,
cabellera negra y lácia,
el cuerpo nervudo y récio
no desmedrado de talla,
negros los ojos y grandes,
su expresión inquieta y mansa,
los lábios gruesos y cárdenos,
la nariz abierta y ancha:

muestran las carnes obscuras
desnudas bien á las claras;
llevan los más principales
penachos de plumas várias,
que sus aves les ofrecen
harto vistosas y raras;
hombres y mujeres lucen
pendientes del cuello sartas
de piedras, huesos ó conchas
con que el pecho se engalanan;
ellos se muestran armados
de récias y agudas lanzas,
que juegan ó que despiden
según encuentran ventaja;
de afilados pedernales
guarnecen otros sus mazas,
y tráen arcos de ballesta,
y los dardos á la espalda,
defendiendo á los guerreros
peto y rodela de tabla,
ó de concha de tortuga
los de más linaje y fama.
Procuran los españoles
inspirarles confianza

y con amistosas muestras
en traerlos se dan maña:
ellos se van acercando
de los nuestros en demanda
y llegan respetüosos,
sorprendida la mirada,
apacibles los semblantes,
la sonrisa alegre y franca;
de nuestras naves admiran
los mástiles y la jarcia;
el color de nuestros rostros,
y en estos la luenga barba.
Con grave frase, que Enrique
traduce en lengua malaya,
el Caudillo Magallanes
muéveles sabrosa plática:
de Dios les habla primero,
del Rey don Cárlos de Austria,
de las grandezas de Europa,
de sus intrépidas razas,
y de España y sus guerreros
y sus gloriósas jornadas.
Ellos atentos escuchan
aquellas frases extrañas

y su admiración expresan
cuanto pueden sus palabras,
ofreciendo ser amigos
y acatar las ordenanzas
del poderoso don Cárlos,
el mayor de los Monarcas.
Es de ver aquellas gentes
cómo contemplan extáticas,
de cristales de colores,
azófar ó piedras falsas,
baratijas que reciben
dándolas estima tanta
como si fueran tesoros
de rubíes y esmeraldas.
Ellos, á su vez, ofrecen
sus víctimas en la caza;
carnes de venado y búfalo
que abundan en sus montañas;
y con algo de refresco
y hechas carena y aguada,
abandona Magallanes
la isla aquella hospitalária,
para el porvenir haciendo
las predicciones más gratas.

De Mindanáo en las costas
hace diversas escalas;
y al arribar en Butúan
al pueblo dicho Caraga,
detiénese vários dias
para celebrar la Páscua.
Toda la naturaleza
se asócia á la fiesta sacra;
¡van á plantar bajo un cielo
tras el cual jamás vió nada
la idólatra muchedumbre,
en su salvaje ignorância,
el Arbol que ha de rendirles
sus frutos de eterna Grácia!.
Asoma sereno el día
por entre nubes de nácar;
jamás lució más hermosa
ni más placentera el alba:
diáfano y fresco el ambiente,
llenas de aromas las áuras;
diciendo sus alegrías
en cadenciosas estáncias
murmúrios, cantos, suspiros,
de fuentes, aves y plantas;

del Sol las primeras luces
en el rocío quebradas
encienden sobre las hojas
tantas diminutas brasas,
como mariposas baten
encima las préstas alas,
acaso buscando flores,
quizá creyéndolas llamas;
y las naves cual en día
muy solemne empavesadas,
se muestran tan orgullosas
y se ofrecen tan galanas,
que á mecerlas no se atreven
las ondas del mar en calma,
¡como si temor tuvieran
de descomponer sus galas!.
Deslízanse los esquifes
sobre las dormidas aguas
y dejan en tierra toda
la dotación de la escuadra.
Lucen del Sol á los rayos
como la bruñida plata
los mares; y así relumbran
los cascos y las corazas

los mosquetes y arcabuces,
las enhiestas partesanas
y las límpias guarniciones
de tizonas y de dagas;
y más luz lanzan sus ojos,
y más brilla su arrogáncia,
y más la fé en Dios que muestra
la valerosa mesnada.
Valiéndoles cabos, lonas
y las indígenas cañas,
gruesas, como récios troncos,
como viejos chopos, altas,
forman cuadrado recinto
que cierra curiosa arcada,
y con vistosas banderas
y gallardetes y flámulas,
á modo de triunfál arco
adornan las cuatro caras:
levantan una cruz dentro
y al pié de la cruz el Ara
donde se dice una misa
que oyen soldados y náutas,
llenos de fervor los pechos,
llenos los ojos de lágrimas:

no por llamar á las gentes...
¡qué no vendrán!, sinó para
que sus conciéncias no digan
que dan al olvido nada,
ántes de la misa suenan
los sones de una campana
y cada tañido tráe
una memória sagrada
del hogar, de la familia,
de la querida comarca
que de niños recorrieron,
de aquella ermita lejana
donde la oración primera
balbucieron en la infáncia,
repitiendo de sus madres
la no entendida enseñauza!.
Al acabarse la misa,
en procesionál comparsa
van todos hácia una altura
que se eleva allí inmediata,
y en su cima la cruz dejan;
mística enseña cristiana,
de su fé por testimónio
y de aquella breve estáncia.

En tan bella ceremónia
marchan orando en voz baja
y llevan de tierno llanto
las pupilas arrasadas,
los que cifran en dos cruces
el amor de sus entrañas;
dos cruces que representan
su Religión y su Pátria;
primero, la cruz de Cristo,
despues, la cruz de su espada!...
Pártense de Mindanáo
y tras navegación rápida
llegan á Cebú y dan fondo
de Mandave en la ensenada.
Jamás pensó Magallanes
prolongar aquella escala,
pero la buena acogida
que en Cebú consigue, es cáusa
de que muden sus propósitos,
y sin sospechar falácias
ni los ódios y traiciones
de estas indómitas castas,
quiere conclúir convénio
con Amabár que las manda,

en honra de Cárlos Quinto
y honor de la madre España.

## XII.

Tras resplandeciente nube
como gigantesco alud,
apágase en el ocaso
del Sol la postrera luz:
muéstranse blancas estrellas
á través del aéreo tul,
bordando á prisa las sombras
con diamantes su capuz:

clara y serena es la noche;
todo silencio y quietud;
del montecillo en la cima
se eleva sola, según
la dejaron nuestros náutas,
una misteriósa cruz,
y allá tras los horizontes,
sobre el limpio fondo azul,
se eleva la cruz del cielo,
la constelación del Sur.
—¡Santa Cruz no bendecida
por estas razas aún:
Arbol santo al que dejando
su Celestiál Altitud
regó la sangre divina
de nuestro Padre Jesús
para que ofreciese al hombre
frutos de eterna Salud!
¡Cruz que coronas de España
los pendones de tisú;
por la que alzára Pelayo
contra el árabe al astúr;
la que barrió al sarraceno
cual furioso simoún,

hasta arrancarle en Granada
su amado réino andaluz:
la que á tan grandes empresas,
que agóvia su certitud,
lanzaste á Cortés, en Mégico,
y á Pizarro, en el Perù:
asiste á los navegantes;
prémia su heróica virtud:
"*Dios y pátria*" es su divísa,
su sacro estandarte, tú:
no cebe en ellos la Muerte
su despiadada segúr,
cuando ya tiendes tus brazos
en las tierras de Cebù!!.

## XIII.

De la playa cebüana
en el ardiente arenal,
entre multitud indígena
está el Régulo Amabár,
asistido de los suyos
por la gente principal.
Hernando de Magallanes,
Duarte de Barbosa, Juan

Serrano, el luso Carballo,
Enrique y alguno más
de los de España, se ofrecen
con apostura marciál,
y si oculta sus recelos
franca y serena la faz,
sirven de apoyo á las manos
las espadas, en señal
de que están apercibidos
por si acontece un desmán.
El Régulo se presenta
con aparato réal
y contempla á Magallanes,
á quien dice Capitán,
sin que turbe una sonrisa
su impasible seriedád.
Adelantándose Enrique
toma entre los dos lugar
y á traducir se dispone,
de ambos á distáncia igual,
estas palabras de Hernando,
que la sazon pide ya
y que resuenan en médio
de un siléncio sepulcral:

—"De la tierra que recoje
—por no haberlas más allá—
antes de hundirse en los mares,
el postrer rayo solar,
un Príncipe poderoso
nos envía en son de paz,
á trocarla por la vuestra
y ofreceros su amistad.
Sírvanos ser los primeros
en mostraros el afán
de obtener vuestra alianza;
que es de nobleza cabal
no permitir ser vencido
en cortesía y lealtad,
con quien antes nos las brinda
siendo cortés y leál.
El solo Dios que adoramos,
de la Gloria Majestad;
del mar, el cielo, la tierra,
de nuestro ser inmortál
Creador, y de cuanto guardan
la tierra, el cielo y el mar;
El que despues de la muerte
nos llama á su Tribunal,

comenzando nueva vida
por toda la eternidad,
donde con glórias ó penas
distinguiendo el bien del mal
prémios dispone ó castigos
que no concluyen jamás:
Dios, de toda bienandanza
y de toda potestád
Dispensador Soberano,
dió á mi Señor poder tal,
que los más altivos Reyes
acatan su voluntad:
descubre y conquista Impérios
como por ley natural,
y sus invictos soldados,
de las trompas al compás,
por el viejo continente
y el Nuevo Mundo, á la par,
entre fieros enemigos
avanzando siempre van,
viéndose, de su bravura
como terrible ejemplar,
los hoy contrários delante,
mañana muertos detrás.

Pero nunca hicieron daño
sinó al iluso que audáz
con locas provocaciones
llama la ocasión fatál:
tratamos á los amigos
con noble sinceridad,
y que sabemos servirles
es por el mundo, vulgar:
mas quien se muestre contrário,
no se prometa piedad:
que enemigo sin rebozo
ó aliado desléal,
para salvar su cabeza
ni aguarde feliz azár,
ni milagro de amuleto,
ni virtud de talismán;
que probando nuestro encono
desde el anciano al rapaz,
alcanzarán igual suerte
desde el rey al ribadán.
Es atender á enemigos
temor, que no calidád;
si quieres contra los tuyos
auxílio, dí; verás cual

justifican nuestros hechos,
de los dichos la verdad;
huir has de verles vencidos,
sin volver la vista atrás,
dispersos como las hojas
cuando ruje el huracán!.—
Hasta las postreras frases,
que inspiradas son quizás
del Régulo y de los suyos
por el incierto ademán,
difícil saber si escuchan
con temerosa humildad,
ó si es su actitúd rendida
el acecho del chacal
humillado ante la presa
que se apresta á devorar:
pero cuando llega Hernando
de su discurso al final,
y de ofrecerles sus armas
pone en su noticia el plan
y contra sus enemigos
servirles de antemurál,
levantando las cabezas
alientan con libertad,

como ramas que se humillan
cuando pasa el vendabal
y se yerguen respirando
cuando acaba de pasar.
En el semblante del Régulo
se disipa el antifáz
con que le cubrió la sombra
del temor ó del pesar
y luego interpreta Enrique,
con harta dificultad,
las expresiones del Régulo
que así dice:—"Capitán;
sorprendentes son tus nuevas
y dichosas además:
en ponzoñosa serpiente
se convierta este collar,
que contra mí se revuelva
mi maza de pedernal,
si no es mi Señor el tuyo,
ó temes mi deslealtad.
Escucha, Calipulaco
es mi enemigo mortal;
implacable no perdona
vida, ni hacienda, ni hogar,

y en fiera lucha sin tregua
corre de sangre un raudal
no luce Sol que nos brinde
ni descanso ni solaz;
el guerrero, de sus venas
viene el líquido coral,
y aturden nuestros oidos,
resonando sin cesar,
los ayes de las mujeres,
tristes, tristes como las
voces lúgubres que el viento
arranca al cañaveral,
abultadas de la noche
por la negra obscuridad.
Y al enemigo sediento
de mi sangre y mi caudál;
al feroz Calipulaco
engendro de algún caimán,
separa de estas mis tierras
solo un estrecho canal;
que es el Régulo de Máctan,
¡mal haya su vecindad!.
Vengame, tu ofrecimiento
por ser tuyo no es falláz;

en tu nobleza confío,
me le hiciste liberal,
y serás, como de hacerle,
de realizarle capaz".—
—"Te vengaré;—diz Hernando—
y por tu seguridad
lo juro, cual si estuviera
de mi Dios ante el Altar!".—
Olvidado del primero
rígido ceremonial,
Amabár que se adelanta
commovido hasta llorar,
enlaza en estrecho abrazo
á Hernando, á quien llama gran
aliado y grande amigo,
de su pueblo, tutelar.
Viendo del placer del Régulo
la dichosa novedad,
se desborda en alaridos
el contento popular;
el Cacique quiere darles
muestra de hospitalidad
y complacido conduce
á Hernando y á los demás

españoles que le cercan
camino del régio lar;
y cojido á Magallanes,
con pueril trivialidad,
no le abandona la mano
hasta traspuesto el umbrál.
Y en tanto sube del dia
el gigante luminar...
—¡é imagina Magallanes
realizado su idëal!.—

## XIV.

Presentase Juan Serrano
bien armado y más apuesto;
Enrique el malayo escucha
del alcázar al extremo,
y Hernando de Magallanes
háblales en estos términos:
—"Méngua es que Calipulaco,
de la isla de Máctan, Régulo,

desdeñe amonestaciones,
desóiga requerimientos:
iréis al punto á decirle,
postrera vez, ser mi empeño
que deponiendo las armas
con Amabár haga asiento:
que las nuestras no trajimos
para ensañarnos contra ellos,
y antes hacemos defensa
de quien nos muestra respeto:
que Amabár es aliado
y nos lia su sosiego,
y que el dictado de amigos
nos une con lazo estrecho,
y los que son sus contrários
son tambien contrários nuestros:
que le ofrecí darle auxilio
y su palabra es precepto
para quien los timbres goza
de cristiano y caballero;
que si ignora de razones
hablarán pronto los hierros,
que acá España no consiente
ni más Dios que el verdadero,

ni más ley que la del César,
ni más ánimo que el nuestro!."—
Serrano el mensaje escucha
sin perder ningún concepto
y es su mente transmitirle
sin olvidar un acento;
el peligro del mandado
rompe de su orgullo el freno;
considérase en presénciа
del salvage reyezuele,
y oye el rumor que produce
de su sangre el hervidero,
resonando en su armadura
entre el espaldar y el peto.
Juan Serrano y el intérprete
á obedecer están prestos
y marchan hácia la escala
uno tras otro en silencio;
Duarte de Barbosa el paso
les ataja, y el objeto
de la espedición sabido,
quiere compartir el riesgo;
y no hay reflexión, ni enojo,
disculpa, evasiva ó ruego

que de ir con ellos á Mactan
desvanezca el pensamiento;
y á disgusto de Serrano
y del malayo á despecho,
bajan los tres á un esquife
que tripulan seis remeros,
y llegan de su viaje
tras de breve espácio al término;
que la embarcación ligera
al impulso de séis remos
tan vigorosos, avanza
dejándose atrás el viento.
Por el Régulo preguntan
á los indios que á su encuentro
salen, y verle demandan
con ademan altanero;
á los españoles guian
hácia un bosque el que no lejos
promete negra espesura
y si ven que por momentos
el número de indios crece,
no muestran mayor recelo
que si aquella negra turba
que se apiña en redór de ellos,

en vez de horda de salvajes
fuera su rendido séquito.
Tres enfadosos aúllos
que se oyen de trecho en trecho
repetidos, remedando
la fidelidad del eco,
quizá la llegada anúncian
de los hombres extrangeros:
en un claro de la selva;
enfrente, en el lado opuesto
al sitio en que desemboca
la senda que le dá acceso,
levántase la morada
del Cacique; mas su techo
niega adusto á los que llegan,
y les recibe sobérbio
bajo el dintel, demostrando
su feróz desabrimiento.
La estatura es de gigante,
todo en el Cacique es negro;
la piel, los lábios, los dientes,
los ojos y los cabellos;
las plumas de su penacho
arrancadas á los cuervos,

el collar y las ajorcas,
las armas...y los intentos.
Punto por punto Serrano
dice su mensage entero
y punto por punto Enrique
le vá al malayo vertiendo:
Calipulaco les mira
y escucha con torvo ceño;
y cuando Serrano calla,
responde de furor trémulo...
—"Antes un áire apestado
deje inmóviles mis miembros,
antes me trague la tierra,
antes me consuma el fuego,
antes me aniquile el rayo,
antes al gozar del sueño
entre las fáuces despierte
de feroz caimán hambriento,
que yo con vosotros trate
ni admita ningún concierto.
A tu Capitán responde,
que mandatos y consejos
guarde, que impongo los míos
y me sóbran los ajenos:

le dices que si acá viene
tendrá buen recibimiento;
que mis flechas y mis lanzas
sabrán buscar vuestros pechos;
dile que le desafío,
dile que acepte mi reto,
dile que venga mañana
si no se lo privan miédos;
que de venir á las manos
son tan grandes mis deséos,
que porque váis á decírselo
ya no estáis entre los muertos!.*—
Serrano y el buen Barbosa
al oír tales denuestos,
reflejan en los semblantes
ora enojo, ora desprécio;
golpéan las guarniciones
la herrada váina de cuero,
y ya muestran ó ya esconden
buena parte los aceros...
vacilando entre si salen...
ó no salen de su encierro:
solo Enrique manifiesta
su alma fría como el hielo,

sin que turbe sus facciones
la leve tensión de un nérvio.
A un ademán del Cacique
cercan á los mensajeros
los naturales, y á falta
de mejor comedimiento,
tomándoles de los brazos
les indican ser ya tiempo
de partir, y les empujan
hácia el próximo sendero:
de allí á poco, en el esquife,
que se queja del esfuerzo
con que hácia Cebú vogando
le impulsan los marineros,
Serrano, Duarte y Enrique,
que de los dos toma ejemplo,
en demanda de las naves
vuelven mudos como espéctros.
De pronto, Duarte, en Enrique
clavando los ojos fieros,
acaso porque le irrita
la desgrácia del suceso,
acaso porque en el alma
le punzan rencores viejos,

contemplándole, así dice
desbordado su despecho:
—"Tu satisfacción traidora
te durará poco tiempo;
¡cumplidamente explicabas
del salvage el desafuero!;
las expresiones del bárbaro
que nos pagará muy presto;
á tu amo quieres bien poco
y á los de su raza, menos;
quien en vosotros confía
no demuestra gran acierto;
mal hace quien diferéncia,
cometiendo grave yerro,
del color de vuestros rostros...
el de vuestros sentimiéntos:
vete con ese menguado
y aguarda nuestro regreso;
tambien eres de los suyos,
tambien eres un mal perro!."—
Mientras duran las palabras
acompaña al dicho el hecho
y con la siniestra mano
aprisionándole el cuello,

deja en él moradas huellas
de sus acerados dedos:
en los ojos del malayo
brilla una chispa de fuego,
mientras formula su mente
de venganza el juramento.
Cuando sabe Magallanes
la contestación del Régulo,
una siniestra sonrisa
altera su grave gesto
y dice—"Irémos mañana
con cincuenta compañeros!."—

## XV.

REGALO son de los ojos,
haciéndolas menos densas
y bordando de la noche
las misteriosas tinieblas,
un luminoso suspiro
de la luna macilenta;
¡del astro que lejos muere
la despedida postrera!;

la luz temblorosa y pura
de mil millares de estrellas
que errantes chispas encienden
sobre las ondas serenas;
huyendo de los esquifes,
murmurándoles sus quejas,
fosforescentes espumas
por irritadas más bellas;
nieve, purísima nieve
dormida en las aguas quedas
y que azoran, de los remos,
las sacudidas violentas:
destellos que multiplican
las armas de los cincuenta
que ván á Máctan, del Régulo
á vengar la grave ofensa,
y que en la costa enemiga
marcarán, antes, sus huellas,
de que las nocturnas sombras
avergonzadas por féas,
se escondan viendo del alba
la blanca faz hechicera.
Avanzan como los vientos
las navecillas ligeras

y presto en Máctan embisten
de la playa las arenas:
Hernando de Magallanes
dictó consigna severa
y desembarcan los bravos
de sombras con apariéncias;
porque tal es el siléncio,
que no se mueve una léngua,
ni para alzar sus rüidos
tienen las armas licéncia,
y de los mismos esquifes
enmudecen las maderas
y hasta las olas acallan
el rumor de la maréa;
¡que las órdenes de Hernando
no quieren desobediéncias!.
Es todo inútil; al punto
se oyen las voces aquellas
agudas, desapacibles,
que repetidas se alejan
lo mismo que las del eco
volando de sierra en sierra,
con las que anúncian los indios,
habiendo ocurrido apenas,

la cautelosa llegada
de la falange extranjera;
mostrando con sus aullidos
y con vivir tan alerta,
que nunca abrigaron duda,
antes tuvieron certeza
de que los de España irían
á castigar la insoléncia
del altanero Cacique,
sin afligirles más pena,
que no poder, de los tiempos,
quebrantar la ley suprema,
acelerando las horas,
para sus ánsias tan lentas,
que han de aguardar impacientes
ántes de lavar su afrenta.
Al ver burlado el mistério
con que trataban ausénciа
mentirles, juzgan más próxima
la vengadora refriéga,
y al viento dan los aceros;
apóyanlos en las piedras,
y de las lucientes hojas
probando la resisténcia,

llegan á poner las puntas,
de las guarniciones cerca;
y al clavarlas en el suelo,
sienten hervir en las venas
de sus abuelos la sangre,
que fué su mejor heréncia,
y acariciando la santa
memória de sus pröezas,
murmuran—*¡desperta ferro!*—
siguiendo la usanza vieja.
Forman en compacto grupo
dispuestos á la peléa;
bostezan los arcabuces
mostrando sus bocas negras;
que ansían vomitar muerte
y les aburre la huelga:
suena el clarín sacudiendo
de su mudez la vergüenza,
y á su son, acude el día,
precedido de la incierta
luz del alba, como núncio
de su próxima preséncia.
Ven entonces los guerreros
de enemigos nube inmensa,

llenando apiñada masa
toda la tendida cuesta
desde donde acaba el llano
hasta donde el bosque empieza:
la viviente mancha obscura,
las incontables ballestas,
las innumerables lanzas
juntas cual lluviosas hebras,
todo obscuro como el bosque
que guarda sus madrigueras,
todo inquieto cual las ramas
que sacude la tormenta,
preséntase prolongando
la espesura de la selva.
¡Qué es aguardar!: Magallanes
al ver que con impaciéncia
por la cifra de contrários
multiplica su fiereza,
dirigiéndose á su hueste,
dice las razones estas:
—"El santo nombre de Cristo,
la noble grácia del César,
y la glória de la Pátria
y la limpia fama nuestra,

los estáis viendo ultrajados
por aquella vil caterva,
y de su venganza os hacen
la generosa encomienda.
Los que nacen en España
solo conocen dos sendas:
ó morir, para honra própia,
ó vencer, para honra de ella.
Cuanto hasta el presente hicimos
vá jugado en esta empresa;
ved lo que puede costaros
un momento de flaqueza.
La cáusa que sustentáis:
de batallar, la esperiencia,
el corazon y las armas;
toda la ventaja es vuestra.
Compañeros!; vuestras glórias
son de los salvajes presa;
vamos por ellas llevando
rayos de acero, en la diestra,
el agrávio, en la memória,
y la fé, en la Providencia!."—
El grito de "Dios y Pátria"
ruje la hueste de Ibéria

y al punto hácia el enemigo
emprende veloz carrera,
estremeciéndose altiva
y feroz, con la sobérbia
de léones irritados
que sacuden las melenas:
los alaridos del indio
turban la región serena
del áire, y la muchedumbre
de los contrários inquieta,
en sinuósas oléadas
agítase, á la manera
con que á los ojos se ofrecen
las ondas altas y lejas,
ó las mieses que combaten
los vientos de la pradera.
Forman cerrada techumbre
en el espácio las flechas
despedidas por los indios
con vigorosa destreza,
y de las finas corazas
el temple ponen á prueba,
hasta parecer dudoso
lo eficáz de su defensa:

llegan, hieren y rebotan
sin un instante de trégua
y es pavoroso redoble
el que sin cesár resuena,
imitando el que produce
de granizo nube espesa
cuando los vídrios azota
con iracunda violéncia.
Ruje de los arcabuces
la detonación siniéstra
y antes sus fuegos los indios
de vacilación dan muestra;
más, préstos, cual se escuchasen
amenazadora arenga,
con nuevo aliento sacuden
la momentánea tibieza,
y los que detrás combaten
cierran sin temor las brechas
en que rompe el plomo hirviente
las avanzadas hileras,
y no cede de los indios
la pertináz resisténcia,
y van pasando las horas,
y aquella humana barrera

sí ciéu veces viene al suelo,
otras-cién-se-alza-más-récia.
Sobre el enemigo bando
corre la mesnada ibera,
empeñándose la lucha
más fragosa y más sangriénta:
las incansables espadas
relumbran como centellas
y dan á sus rudos golpes
robustas lanzas respuesta:
saltando bajo las mazas
las armaduras deshechas,
por el campo estremecido
hacen abundante siembra
de hombreras, peto , celadas,
brazaletes y escarcelas:
los de España sus aceros
con ambas manos aferran,
y á sus filos no resisten
las enemigas rodelas
y divide el mismo golpe,
hasta el pecho, las cabezas,
y parece al descargarle
que surge de una caverna

el ronco aliento, imitando
esa saña, ese ardor, esa
respiración del labriégo,
ruidosa, cuando maneja
el hacha y gigante tronco
desmenuza en leves leñas;
y para espantar las almas
abren tan cumplidas puertas,
que al salir, aún las más grandes
se sienten harto pequeñas:
todo fuego, todo llamas,
lumbre todo en la contiénda;
las rojas chispas que al choque
de los hierros centelléan,
los rayos de las pupilas,
el ardor de la ira ciéga,
el resuello incandescente,
el mar de sangre que huméa!...
Al fin el teson desmaya
de su brava resisténcia
y las enemigas turbas
guarécense en la floresta,
de mortal pavor transidas,
arrastradas y dispersas

como al rugir de los vientos
las pálidas hojas muertas,
cumpliéndose la de Hernando
á Amabár, brava promesa.
Tras ellos los españoles
con bien escasa prudéncia,
prosiguiendo la victória
van á la espesura negra,
y de los contrários muertos
dificultando la cuenta,
es cruel carnicería
la que fué función de guerra,
y es angustióso lamento
lo que fué rujir de fieras.
Apaga la luz del día
de humo negro nube espesa;
rásganla voraces llamas
incendiando la ancha esfera,
que á los deslumbrados ojos
miente tempestad horrenda,
y aquella sangre que baña
monte y llano por doquiera,
parece la roja llúvia
de aquella nube bermeja.

La morada del Cacique
y las vecinas viviendas
de los índios principales,
son solo incendiária tea
á cuyo contacto el bosque
se inflama en gigante hoguera,
de la victória de España
solemnizando la fiesta;
pero pronto aquella lumbre,
breves momentos risueña,
lo mismo que de las hojas
hace del placer pavesas,
y es antorcha funerária
que alumbra con llama tétrica
la realidad espantosa
de las humanas misérias!..
Seguído de algunos pocos
soldados, con marcha presta
Hernando de Magallanes
siguiendo angosta vereda
adelanta sin recelo,
ni cuidar de que la senda
se prolonga entre dos vallas
de impenetrables malezas,

cuando una lanza traidora
salida de entre las breñas,
rápida, pujante, aguda
como acerada saëta,
sin que su poder resista
la coraza milanesa,
de peto, espaldar y entrañas
desmiente la fortaleza
y del pecho de el Caudillo
lanza el alma gigantesca:
veda el color al semblante
la sávia de sus artérias,
apareciendo en las armas
el carmía que al rostro niega:
cáe el acero de sus manos,
alza una mirada inmensa
al Cielo, ruje, desmaya,
y cual coloso de piedra
cuando á plomo se derrumba
hace trepidar la tierra!..
Acúdenle sus soldados
con estéril diligéncia;
no salen los españoles
de la terrible sorpresa;

vanas son las esperanzas;
sola su desdicha es cierta;
¡no le tornan á la vida
juramentos ni querellas!..
Cuando cumple á la Fortuna
mostrarse con él espléndida,
le asalta traidora muerte,
le aguarda salvage huesa;
pero logra el buen Hernando
por preciada recompensa,
aquí abajo eterna fama
y allá Arriba Glória eterna!.

## XVI.

Muerto!, ¡Magallanes muerto!;
¡triste Hernando!; sus laureles
tan pronto sus sienes ciñen
se hielan sobre sus sienes!.
Sábio, intrépido marino,
alma de acerado temple;
en el peligro, arrogante,
en el consejo, prudente;

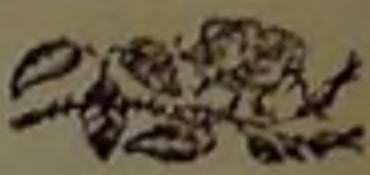
á veces fiero y altivo,
humano y franco otras veces,
gana el amor de los buenos
y logra que los rebeldes
sí al Caudillo afecto niegan,
rindan respeto al valiente.
Triste Hernando!; la Fortuna
no le brindó sus mercedes!;
lucha con los elementos,
como bravo, frente á frente;
entre dudas y zozobras
contempla meses y meses
por techumbre obscuros cielos,
por alfombra mares verdes,
¡negros cuando las borrascas
destrozaban sus bajeles!,
el ignorado camino
persiguiendo hácia ocidente,
ya envuelto entre densas brumas,
ya del Polo entre las nieves,
del Estrecho entre las rocas,
entre el furor de su gente,
—¡y cuando su glória empieza
le acaba mísera muerte!.. —

Triste Hernando!; su memória
hará olvidar sus reveses
y los amantes de España
sabrán venerarla siempre,
y uno será Magallanes
de sus más famosos héroes!..
De luto pasan los dias
entre tristezas y preces,
mostrando graves los rostros
desde el soldado al Maestre:
de elegir Caudillo tratan
en quien fiar vida y suerte,
y ante el porvenir incierto
no hay contrários pareceres;
todos proclaman á Duarte
de Barbosa, por su Gefe.
Duarte, bravo como Hernando,
vástago de su progénie,
leál al rey, soldado y noble
desde la planta al almete,
sin comprender ningún otro
que los pátrios intereses,
toma posesion del mando
con aparato solemne;

mas ni quiere regocijos,
ni recibe parabienes,
ni en uno de tantos rostros
vaga una sonrisa leve;
de la pérdida de Hernando
es la herida muy reciente,
y son hondos los dolores
para pensar en placeres.
El nuevo Capitán Duarte,
de sus soldados al frente,
solo dice estas palabras
afligido, llano y breve:
—"El cáliz de la amargura
apuré ya hasta las heces
y del agua de mis ojos
siento agotadas las fuentes!.
¡Paz al muerto!: por Caudillo
me quereis, y seré fuerte;
ni confío en la Fortuna,
ni me arredran sus desdenes,
si seguis siendo léales
como lo sóis al presente:
es vuestra mi confianza,
vosotros seréis mis jueces,

ya sabeis nuestra bandera
Dios, la Pátria y nuestros Reyes!."—
—"¡Viva Duarte de Barbosa!."—
—prorrumpe con voz potente
Juan Serrano:—"Viva Duarte
de Barbosa!": y al grito este,
con tres prolongados.."—¡Viva!"—
rasgan el diáfano ambiente,
y con aquellas tres voces
acaba la fiesta en ciernes
y marinos y soldados
descorriendo los cuarteles,
por escotillas y escalas
desierto dejan el puente.
En tanto, Amabár, el Régulo
de Cebú, sufre la fiebre
del recelo, y su paz turban
los españoles, en quienes
juzga ver conquistadores
que dictarán duras leyes,
trocándose, de aliados
en enemigos crüeles;
pero de ellos temeroso
y de corazon inerte,

acaso jamás se hiciera
entre los traidores célebre,
sin la perfidia malaya
toda junta en el intérprete
Enrique, quien conociendo
cuál del Régulo es la mente,
al disponer su venganza
goza feroces deléites.
Muerto su amo Magallanes
y destilando las hieles
del rencor que á Duarte guarda,
sueña, de placer demente,
que los hijos de Castilla
son presa de los infieles,
que las cabezas les siegan
como el labrador las mieses:
su ódio es mortal para todos
cual envenenada peste;
¡Dios les tenga de su mano!;
¡maldición para el alevel.



## XVII.

Arrastrándose ligero
como asqueroso reptil,
las arenas de la playa
salva el malayo malsín
que se interna jadeante,
por la boca y la nariz
resollando denso vaho
cual furióso jabalí.

Con dificultad las luces
de la luna en el cenit
alumbran la noche triste
á través del cielo gris;
descuidados en sus naves
duermen los hijos del Cid,
mientras el traidór Enrique,
con su plan en el magín,
pisa de Amabár el Régulo
la vivienda señoril.
En las noches del Cacique,
temoso del porvenir,
riñen sueños y cuidados
atormentadora lid
y á través de las paredes
juzga ver, á lo zahorí,
de sus huéspedes de España
levantarse bando hostil
y avanzar en contra suya
á los sones del clarín,
y teme y se agita y ruge
y ya humilla la cerviz,
ya la yergue, como fiera
sorprendida en su cubil.

A su presencia conducen
al malayo, quien feliz
escudriña el mal del Régulo
con la mirada sutil,
y al notar en su semblante
cadavérico matiz,
descubre feroz sonrisa
de sus dientes el marfil.
Alzase Amabár al verle
presa de temor rüin,
sintiendo que se le hiela
del cabello la raíz,
y presto y ronco pregunta:
—"¿Qué vienes á hacer aquí!;
¿á quien buscas?; ¿quien te envía?;
¿qué me quieres?"—¡Infeliz!—
—responde el malayo:—"vengo
á salvar... —"¡A quién!"—"A tí!—
Escucha; los españoles
meditan mortal ardíd;
no pienses que sus aceros
han de criar mucho orín
por pasar el tiempo ociosos
pendientes de su tahalí;

te preparan sus cadenas;
dueños de todo el país
ocuparán de tu réino
hasta el último confín;
y condenados vosotros
á una existencia servil,
el hombre, será su esclavo,
la muger, su meretriz!:
es en tu mano el remédio,
muestra el alma varonil
y te salvas".—"Dime cómo!"—
—le dice Amabár.—"Así:
el hombre con quien trataste
en Máctan halló su fin
y con él tus compromisos
también murieron allí:
hoy es Duarte de Barbosa
el Capitán; has de ir
y por su engrandecimiento,
dile que acepte un festín;
descuidados y sin armas
en la fiesta... ¿entiendes?"—"¡Sí!:"—
diz con torva risa el Régulo.—
—"Huye el cobarde desliz

de arrepentirte; ¡son tuyos!."—
—"Iré mañana."—Y el vil
malayo veloz se aleja,
y Amabár, á poco, sin
sentir su anterior congoja,
con descuido juvenil,
cual si el crimen concertado
fuera cosa baladí,
concilia tranquilo sueño
sobre su doble tapiz.

## XVIII.

No vengáis, luces del alba;
resistid, sombras nocturnas;
ocultad, nieves del cielo,
vuestros cambiantes de púrpura;
dormid en vuestros nidales,
ramilletillos de plumas,
lindas aves, y si es fuerza,
volad tantas y tan juntas

que dejeis la luz del día
tras de vosotras oculta!.
¡Oh sol que llegas rompiendo
del crepúsculo las brumas;
esos celajes que bordas
con ráfagas rubicundas,
hoy son tristes, y de sangre
preságian hórrida llúvia:
esos diamantes que finjes
hoy en las gotas menudas
del rocío, y de las fuentes
en las inquietas burbujas,
núncio son de que tus horas
serán en males fecundas
y harás de otras tantas lágrimas
otras tantas chispas lúcidas:
esas flores que se yerguen
ahora lozanas y puras
y antes que guardes tus rayos
caerán manchadas y mústias,
de otras españolas flores
de esperanza y de ventura
y de glória, son remedo
y que morirán auguran

antes que torne á la tierra
la vespertina penumbra!..
Desde las naves de España,
apenas la aurora, fúlgidas
les envía las guedejas
de su cabellera rúbia;
cuando seres, bosques, mares,
cuanto existe en la Natura
llenan de encantos las almas
y los espácios de músicas
leves, vagas, misteriosas,
tan henchidas de dulzura
como en la callada noche
las notas de esclava guzla,
miran Barbosa y Carballo
venir las pirágüas rústicas
de los indios, deslizándose
por un mar de ondas cerúleas
tan silencioso y tranquilo
como dormida laguna,
y en ellas avanza el Régulo
con lo mejor de su cúria
Al atracar á la escala
juzga Barbosa de rúbrica

ir al portalon usando
fórmulas sobrado cultas,
y con agasajo acoge
á los que van en su busca.
Celebrar indica el Régulo
nueva y feliz aventura;
profusion de galas luce,
de ellas española alguna,
y la mejor rica daga,
de plata la empuñadura,
presente de Magallanes
en prenda de amistad mútua:
su mirada y su sonrisa
francas finge, y con soltura
se expresa ante casi toda
la dotacion allí junta:
Enrique el malayo aguarda
á que el Cacique concluya
de hablar, cual si sus razones
aprendiera una por una,
y despues al traducirlas
con la más traidora astúcia,
prueba los largos alcances
de su criminál indústria.

Muchas son las alabanzas,
las adulaciones muchas;
la elevacion de Barbosa
tan acertada y tan justa,
—dice—complacéncia ha sido
para el Régulo, profunda;
que no habrá de festejarle
más dichosa coyuntura;
que reanudar se propone,
en sazon tan oportuna,
la concertada alianza
con tan fuertes ligaduras,
que sus lazos amistosos
no podrán romperse nunca;
que le acompañen los suyos
pues bien merecen holgura,
y á la tarde en su palacio
les mostrará su conducta
cómo la amistad de Duarte
tiene á dicha y honra suya,
cuánto anhela para España
la más próspera fortuna,
y en cuánto tiene del César
á la Magestad augusta,

Oye Barbosa el discurso
dicho con tanta mesura;
para rehusar el convite
ni halla ni quiere disculpa
y en anunciar que le acepta
muestra no poca premura.
De Amabár y del malayo
los negros ojos relumbran
y los dos solos comprenden
su fugaz sonrisa astuta.
Para conducirle á tierra,
armar su própia chalupa
ordena Duarte; y el Régulo,
de las prósperas resultas
de su insidiosa visita
satisfecho hasta la hartura,
hácia la ribera próxima
poco despues el mar surca,
de las apacibles aguas
levantando las espumas.
La frente de Juan Carballo
se plega en hondas arrugas;
no consigue el disimulo
componer su faz adusta,

y se agita entre sus lábios
callada y grave censura.
Duarte, del Piloto, entiende
la devorada repulsa
y de este modo interroga
entre véras y entre burlas:
—"¿Qué medita el buen Carballo!."—
—"Si con mi franqueza ruda
no os agrávia que responda,
satisfaré la pregunta.
Aceptar ese convite
bien mereciera consulta,
que temeridad parece
más que reflexión madura:
sin ley de honor, estas razas
solo en traiciones son duchas,
y quien no jura por Cristo
guarde promesas y juras:
sospechas me dicta el seso
que el corazon hace suyas
y mi corazon se engaña
pocas veces ó ninguna."—
—"Mal fuera—dice Barbosa—
mostrar sequedad injusta,

y dar á entender recelos
que sin cáusa son injúria:
no es cuerdo hacerles desáire,
ni despertar conjeturas
que por resultado dieran
poner nuestro esfuerzo en duda:
es acabar este asiento
de obligacion absoluta;
sin cumplirla, me negaran
honor y conciéncia excusas:
negar sin razon lealtades
visos tiene de calúmnia,
y lenguas que las juraron
no es mucho acaben perjuras!.
Sorprende, siendo tan clara,
que mostreis la razon túrbia;
hoy va de presentimientos
vuestro corazon á la husma,
y viendo vanos fantasmas
siente aprensiones absurdas,
como rapáz á quien mienten
cuentos de trasgos y brujas."—
—"Por mí, ya vamos andando!"
—dice con brava apostura

Carballo, quien del reproche
siente la sutil aguja
produciéndole en el pecho
dolorosa punzadura.—
—"Haced—repone Barbosa—
de acompañarnos renúncia:
sería dejar la nave
sin vos y sin mí, cordura
como darse al mar en ella
sin el timón y la brújula."—
Y volviendo las espaldas
pone fin á la disputa,
y al correr de algunas horas
parece la nave muda,
más que cuartel de soldados
triste y callada Cartuja.
Ya bien entrada la tarde,
en la ribera, confusa
multitud de los isleños
huella las mojadas dunas
que descubre la maréa
tan baja, que las chalupas
de los bajeles encallan
lejos de la tierra enjuta.

allí aguardan á sus huéspedes
que llegan, y en las robustas
manos que enlazan los índios
dos á dos, haciendo nula
toda oposicion, sus gestos,
sus ademanes de súplica,
ofrecen á los de España
viviente silla, y las sûcias
y enaguazadas arenas
salvan con planta segura.
Veinte van, Duarte y Serrano:
Amabár con mal oculta
satisfacción les contempla
llevando de la cintura
pendientes sus valerosas
espadas por armas únicas,
sin que oprima los jubones
el peso de la armadura.
La multitud bulliciosa
se congrega en fiesta pública
y aquello no es regocijo
sinó loca barahunda:
los grupos de las mugeres
que muestran mórbidas curvas

á veces con la belleza
de broncíneas esculturas;
de mal templados cañutos
la desacordada música
á cuyos ásperos sones
danza la salvaje chusma;
tal confusión, tal rüido,
tales voces, tanta bulla,
de ellos ahuyentan idéa
de toda malaventura
y no es de los españoles
ni temida, ni presunta.
Delante abriéndoles plaza
por entre las negras turbas,
van marchando de los índios
dos bandos contrários, cuyas
armas esgrimiendo finjen
empeñada escaramuza;
y de tal modo se acosan
y saltan y gesticulan,
queriendo mentir fiereza
marciál, con esgrima burda
de grotescas contorsiones,
viles y torpes figuras,

que de los hombres de España
los semblantes son denuncia
del desdén que les inspira
la burlesca lid inculta.
Mas siéntense complacidos
viendo no ser infecundas
sus horas que reclamaron
heroísmos y penúrias,
y forja plácidos sueños
su imaginación ilusa
creyendo que en gratitudes
los cobrarán con usura:
en la región que les brinda
su empresa, mayor que hercúlea,
de satisfacción y orgullo
forma dichosa coyunda,
ver sus mares siempre inquietos
por los tesoros que ocultan;
sus impenetrables selvas
como la Tiérra vetustas;
de sus árboles las copas
de inmarcesible verdura,
y de sus altivos troncos
las gigantescas colúmnas

sobre las cuales parece
pesar la celeste cúpula;
ver de sus razas los usos;
pisar esta tierra, en suma,
que delante de ellos surge
del polvo de las centúrias,
tan apartada de aquella
donde se meció su cuna,
que para hallarla conocen
las interminables rutas,
por aquí abajo, ellos solos;
y el Sol, por la etérea altura!..
Y así llegan á Palácio,
y á su vista, con sesuda
espontaneidáid, perdonan
de tal nombre la impostura:
bancos y mesas de caña,
que por primera vez usa
Amabár, de los de á bordo
imitando la factura,
en larga y estrecha estáncia
se extienden de punta á punta:
sin otros preliminares,
Duarte y el Régulo ocupan

un extremo y cerca Enrique
con humilde compostura
tambien toma asiento cuando
de hacerlo la órden escucha;
que la condición de intérprete
no hace su presénciа intrusa:
les imitan los de España;
de servidores la turba
no despierta sus recelos;
antes con donosa zumba
la comprenden, recordando
del huésped la régia alcúrnia:
venados enteros sirven
y en la mesa con profusa
abundáncia les presentan
carnes, pescados y frutas;
hacen de sávia del coco
un licor que llaman *tuba*
del que, imitando á Barbosa,
beben aunque les repugna;
y si no son condimentos
para despertar la guia,
ni al brevage que les brindan
encuentran la embocadura,

su buen humor se desborda,
y en risas, chanzas y pullas
á los servidores, muestran
su descuidada bravura.
Brindan Barbosa y el Régulo,
ambos á dos de consuna,
á la glória de don Cárlos
y á la buena amistad suya;
muéstrase impaciente Enrique,
cuya mirada fulgura
siniestra cual en la sombra
los ojos de la lechuza;
y el Sol desciende, y la noche
pronta á salir de sus grutas
préndese sobre la frente
la estrellada caperuza,
y ajenos los españoles
de la criminál conjura,
cuando es mayor el descuido
y más récia la barbulla,
el Régulo se levanta,
y la servidumbre súbita
acomete, como presa
de sanguinária locura,

¡y en cada español dos lanzas,
hallan palpitante funda!:
hieren por la espalda y muestran
las enrojecidas púas
por el pecho: risas de ántes
ahora son ayes de angústia;
corre la sangre á torrentes,
aquellas masas convulsas
que fueron hombres se agitan
en horrible crispadura,
maldiciendo su impoténcia
al sufrir las ánsias últimas,
y blasfeman y fulminan
sus miradas iracundas:
¡suspiran al Cielo y mueren!...
¡ay de sus tristes criaturas
si de Dios no las acoje
la misericórdia suma!..
La cabeza de Barbosa,
apenas al tronco adjunta,
parece decir con gesto
que horror infunde y pavura,
que no le pesa la muerte
sinó por dejarla inulta.

Enrique entre los traidores
salva su existéncia inmunda;
—¡cáusa horror aún á la Muerte
la enormidad de su culpa!.—
Solo Serrano resiste;
del infierno como fúrias
los salvajes le acometen,
y de sus lanzas las puntas
encuentran siempre la espada
del castellano, aún segura
en la diestra aunque enrojece
la sangre sus vestiduras;
aún avanza manteniendo
aquella imposible lucha;
aún logra ganar el campo
arrollando á las hirsutas
fieras que temen y rujen
ante aquel que las sojuzga,
y falto de aliento y sangre
defiéndese, hiere y busca
abriéndose á hiérro el paso
su salvación en la fuga:
llega á la playa, sus ojos
ven las naves allá surtas,

y la voz desfallecida
levanta pidiendo ayuda.
Carballo, que hereda el mando,
lo ve con feroz incúria
y es, ó malvado ó cobarde,
ménguа de su sangre lusa:
emplazándole Serrano
allende la sepultura,
rompe en dos el noble acero,
ya sin esperanza alguna,
y rendido cáe de hinojos
sobre las arenas húmedas:
su postrer gota de sangre
rompe al alma la clausura
y se atropellan los indios,
y cual famélica muta
aquel cuerpo despedazan,
y el infame triúnto aúllan
al verse, como los tigres,
ensangrentadas las uñas..
Duarte!; Serrano!; sus nombres
al dar á la Edad futura,
¡hasta les niega la suerte
la negra paz de la tumba!,

## XIX.

Oscuros los horizontes
nublados los semblantes;
turbias y vivas las olas,
tristes é inquietas las naves
rayos amenaza el cielo,
la ocasión acerbos males;
es todo en la negra noche
tras la sangrienta catástrofe,
tormenta en los elementos
y en las almas tempestades!

Sucesor es Juan Carballo
del infortunado Duarte:
revueltos los españoles
encendidos en coraje
rompen, de venganza, en gritos:
despierto por el mál trance;
acusado por los muertos
de su inacción execrable;
y ya en la altura del mando,
siente esa sed como nádie
Carballo, pero en el pecho
á sus impulsos dá cárcel
y con más crüel fiereza
que contra viles salvajes,
sostiene contra sí mismo
desapiadado combate.
Apenas para dos leños
le quedan hombres bastantes
y no es sazón de lanzarlos
de la lucha á los azares;
ellos son pocos, en tierra
reunidos de todas partes,
á batallar se aperciben
los contrários á millares;

maltrechos los españoles,
aunque por traidoras artes,
sin fuerza están, y los indios
después del crimen cobarde,
que vierten sangre no ignoran
ni que no son inmortales;
precisa tener prudéncia
y devorar el ultraje;
es obligación sagrada
llevar la empresa adelante
hasta cumplir lo ofrecido
al César, por Magallanes;
así sostiene Carballo
largo y penoso debate
y aunque les dá clara muestra
de su forzado lenguaje,
los ánimos apacigua
con el prudente dictámen,
y al hacerlo, de los suyos
evita el total desastre.
Fuerza partir; tráen las horas
en su jamás roto engarce,
las dichas, una por una;
los dolores, por enjambres:

condenada á los abismos
por falta de tripulantes,
la nave "Concepción" gime
presa de llamas voraces
y sobre el mar aparece
como incandescente cráter,
incendiando los espacios
matiza falsos celajes
con la luz con que los bordan
las auroras boreales,
pero luégo palidecen
é imita su color jalde
el resplandor que despiden
las antorchas funerales,
cual si fueran de los orbes
todas las inmensidades,
sublime capilla ardiente
donde en sendas urnas yacen
de los españoles muertos
los corazones exángües.
Y se disputan su presa
el mar y el fuego implacables;
y triste desde sus bordos
la reducida falange

ve cuál sobre el barco amigo,
de tantos riesgos triunfante,
cierra el mar, sin condolerse,
sus agitados cristales,
como losa de una tumba
cayendo sobre un cadáver;
y cuando van en las aguas
los remolinos borrándose
y en las ondas culebréan
sus postreras espirales,
parece que un epitáfio
trazan sus curvas fugaces..
Oyese luego el rüido
que produce el cabrestante
arrollando á su cintura
del áncora el grueso cable;
prestando á las naves vuelos
largan al viento el velámen,
y la "Victória" comienza
diligente á deslizarse,
y su misma estela sigue
la "Trinidad" á su alcance.
Apoyados en las bordas
milicias y mareantes,

mudos, con los ojos fijos
de la costa en el boscaje,
hacen reflejar al rostro
de su tristeza la imágen:
allí quedan sus amigos,
allí sus tres Capitanes;
en sus ignoradas tumbas
de la pátria tan distantes,
no les darán paz y sombra
ni las cruces ni los sáuces;
ni los rayos de la luna
á través de los ramajes
tenderán sobre las fosas
tapices de inquieto encaje;
ni arrullarán ruiseñores
su sueño con sus cantares...
¡Pátria, de las glórias cuna!;
¡querida y severa madre!;
tantas han sido vertidas
por hacerte honrada y grande;
tantas por tí derramaron,
que si pudieran juntarse
y verterse en los desiertos
africanos arenales,

su ardiente aridéz trocáran
en profundos y anchos mares,
las lágrimas de tus hijas
y de tus hijos la sangre!...
Trabajan la hinchada lona
frescas brisas favorables
y con rumbo á las Molucas,
mal que pese al oleaje,
desprécio son de los leños
las marinas soledades.
La gran Borneo costéan
y en sus riberas feraces
haciendo breves escalas,
encantadores parages
les muestran pasmoso cúmulo
de tesoros naturales:
prosiguiendo su derrota
van sin vacilar avante,
de la certeza del rumbo
como si hiciesen alarde;
que quien por el mar navega
cual por un estrecho cáuce,
es Juan Sebastian Elcano
á quien rinden vasallaje

de los astros, la gran ciencia;
de navegar, el gran arte:
y así del mes de Noviembre
en una plácida tarde,
los vergeles de Tidore
se ofrecen poco distantes,
y el sol de ocaso contempla
las maniobras del anclage
y ya en las islas objeto
de los sufridos afanes,
hombres y leños reposan
con perezoso balance.
Las Huríes prometidas
á los mahometanos árabes,
no tendrán tales pensiles
en sus soñados alcázares;
espesos bosques descienden
hasta la marina márgen
y de matizadas flores
son ramillete sus árboles;
árboles de especería
de aroma tan penetrante,
tan intenso, que parece
sentirse su roce suave,

y verle fingen los ojos
á las nieblas semejante,
desprenderse de la selva
y en la altura disiparse:
no es mucho que tenga el suelo
sus jardines admirables,
porque pueblan el espécio
tantas y tan lindas aves
y es tal la riqueza y gala
de su irisado plumaje,
que con ellas tambien tiénen
florido jardin los aires.
La preciada especería,
aves, plumas, perlas, náeares,
riqueza son que ambicionan
los pueblos occidentales
y de sus navegaciones
son poderoso aliciate.
A los de Tidor envía
Carvallo cortés mensaje
y al objeto en derechura,
brindando á los habitantes
européas mercancías
de sus productos en cange,

isleños y castellanos
sientan mútuas amistades.
Harto rico cargamento
toman á bordo las naves;
á los marinos tidores
ofrecen crecidos gajes
y su dotacion diezmada
completar encuentran dable;
y aunque navegar resuelven
con rumbo á los pátrios lares,
la esperanza de alcanzarlos
aún no revive bastante;
¡que sus sueños son dichosos
y tristes sus realidades!..
La "Trinidad" al Estrecho
que descubrió Magallanes
hará rumbo: la "Victória"
comienza el fin del viaje
digno de que le eternicen
letras de oro en blancos mármoles
Va á contar ola por ola
y uno por uno los mares;
*Victória* por nombre lleva
y no lleva el nombre en valde,

que la suya será gala
de los humanos anales.
Vuela, navecilla, vuela,
salva el mar inmensurable,
que sus Hadas y sus Génios
surgirán á saludarte:
vuela, que el mar de la Sonda
vencido á popa dejáste;
Java, Sumatra, Bengala,
y las costas malabares,
el ancho mar de las indias,
te han rendido su homenaje;
del continente africano
los extensos litorales
contemplaron con respeto
tu pequeñez arrogante;
remonta huyendo del Cabo,
tu enemigo formidable,
que apresta contra tu orgullo
sus furiosos vendabales;
todas tus velas amáina,
que van gimiendo tus mástiles
y sobra para rendirlos
el huracan sibilante,

y las irritadas olas
hacen crugir tu bordaje,
y entre la que pasa y viene
abre el abismo sus fáuces!...
Altivo cual quien arroja
á odiado enemigo el guante;
con el desprécio en los lábios
y en los ojos el coraje;
la barba á merced del viento
sobre los hombros flotante,
con la poderosa diestra
manejando el gobernalle,
de las liquidas montañas
á los furiosos embates
opone Elcano la próa,
y la temerária nave
contra las olas en lucha
muestra média quilla al áire;
cuando se eleva á sus cumbres,
desde la mitad al branque,
cuando desciende al abismo,
desde el centro hasta el codaste;
más siempre pasan las olas
bajo el marino humillándose,

cual temerosas del fuego
de los ojos del gigante!:
y la contrária fortuna
redobla sus impiedades;
en tal extremo está á bordo
la provisión expirante,
que apenas tienen un puño
de arroz para alimentarse;
el agua está corrompida
hasta ser insoportable,
y en tanto el terrible Cabo
demora siempre delante,
y corren nueve semanas
sin que logren remontarle,
y ninguno en ceder piensa
siendo la opinion unánime
perecer en la demanda
ó llegar á sus hogares.
Consiguen ¡al fin! el triúnfo
tras su luchar de Titanes,
y doblan el Cabo un dia
seis de Mayo memorable:
aún navegan al nordeste
dos meses con lento avance,

y van muertos veintiún hombres,
y crecen la sed y el hambre,
y es para tamaños duelos
imposible humano aguante,
cuando, en Julio, les depara
la fortuna, más afable,
las islas de Cabo Verde,
y al arribar casi exánimes
á la Santiago, en el pecho
dan al corazon ensanche.
Turban la forzosa escala
los isleños desleales
que de apresar á la nao
tratan, por fortuna tarde;
hecha aguada, de sus obras
al cabo los calafates,
logrado rancho y á bordo
conducido por los pajes,
présta otra vez la "Victória"
sobre el abismo insondable
halla senda, y son su guía
los destellos siderales.
Bendito seis de Septiembre
de venturas inefables;

el que las suyas dichosas
opone como contraste
á las horas de tres años
de sombras y de ansiedades;
bendito seis de Septiembre
en que arrían áncias cabe
San Lúcar que les recibe
supersticiosa y amante;
que al llegar del otro mundo,
vencidos tamaños lances,
macilentos, demacrados,
desnudos y miserables,
cabe dudar sin son hombres
ó son temerosos manes:
ellos mismos juzgan sueño
pisar los pátrios solares
y todos felices llevan
á sus ojos los cendales;
¡que lloran las alegrías
lo mismo que los pesares!.
Juan Elcano, el lunes ocho,
corona sus triúnfos ante
la populosa Sevilla,
y la "Victória" ocultándose

entre nubes de humo y fuego
que la acarician tenaces,
con sus salvas estremece
del Guadalquivir las márgenes.
Desembarcan á otro día,
nada aciago con ser mártes,
los únicos dieciócho
que al suceso dan remate:
llevan hachas encendidas;
van descalzos, marchan graves;
cierra el piadoso cortejo
su castellano estandarte;
la multitud sevillana
les ofrece angosta calle;
Santa María la Antigua
les ve al pié de sus altares
cumpliendo cristiano voto,
y la Réina de los Angeles,
la "Estrella del Mar" purísima,
la Azucena de los Valles
amorosa, de los héroes
oye la ferviente *Salve*.
Despues todo regocijos,
todo son apláuso y plácemes,

colmándoles de los suyos
el Rey Don Cárlos de Gante.
El Rey de quien trono y cetro
y corona de diamantes,
majestad y poderío,
glória y honor son tan grandes
que al sustentarlos dos mundos
no tienen sobrada base,
la ambicion de todos sácia
con sus mercedes réales,
ni de su glória celoso
ni de su déuda ignorante.
Es Juan Sebastian Elcano
maestre obscuro poco antes,
y al reflejar su grandeza
truécase el náuta en magnate:
argente globo terráqueo
por escudo de armas dale,
llenando para más timbre
sus fajas ecuatoriales
mote glorióso que envídian
los más altivos linajes,
diciendo, para su asombro,
á las futuras Edades,

que al ir los dos de este á oeste
siguiendo rumbos iguales,
uno, en su eterno camino,
otro, teniendo que hallarle,
rodeando nuestro mundo
él y el Sol fueron rivales:
y á la par los dos irrádian
resplandores semejantes;
que si ofusca nuestros ojos
el rey de los luminares,
tambien deslumbra la glória
del insigne navegante.
Lleva, el primero, á su pátria
las riquezas orientales
y al rendirla los tesoros
de las tierras de Levante,
de aquel asombroso génio;
del dios humano; del padre
de un Nuevo Mundo que surge
del oceano á su voz—*¡hágase!;*—
¡de Colón!, realiza Elcano
los dichosos ideales.

**Fin del libro primero.**

# INDICE.


| | | Páginas. |
|---|---|---|
| I. | En la Cámara del trono . . . . . | 5 |
| II. | A la Corte voy de España . . . . | 13 |
| III. | Entre sábios Consejeros . . . . . | 17 |
| IV. | Bulliciosa muchedumbre. . . . . | 25 |
| V. | Tenerife de Canárias. . . . . | 33 |
| VI. | Lucha entre sombras la débil . . | 39 |
| VII. | En la puerta de la cámara . . . | 49 |
| VIII. | Mares, vientos, rocas, brumas . . | 65 |
| IX. | Ningún dolor semejante . . . . . | 79 |
| X. | Desvanecidas las sombras. . . . | 89 |
| XI. | Hernando con sus tres buques. . | 99 |
| XII. | Tras resplandeciente nube . . . | 113 |
| XIII. | De la playa cebüana . . . . . | 117 |
| XIV. | Preséntase Juan Serrano . . . . | 127 |
| XV. | Regalo son de los ojos. . . . . | 137 |
| XVI. | Muerto!, Magallanes muerto . . | 153 |
| XVII. | Arrastrándose ligero. . . . . | 159 |
| XVIII. | No vengáis, luces del alba. . . . | 165 |
| XIX. | Obscuros los horizontes . . . . . | 183 |


**Fin del índice.**